

A partir de los 6-7 años

Una singular historia de perros y gatos en donde se reconcilian ambas especies, dejando a los lectores una lección de tolerancia y fraternidad.

Una familia de perros que acoge a un cachorro de gatos, enfrentada al desafío que esta decisión implica. Relato asumido por un narrador ágil, cercano a los niños, cuyas caracterizaciones crean vínculos de simpatía matizados de humor, que avivan el interés por el relato y motiva la lectura.

El autor tiene, además, el mérito de proponer en una historia sencilla la preocupación por temas de grandes, tales como la gestación de comunidades humanas armoniosas, tolerantes y protectoras del bien común.

Felipe Jordán Jiménez nació en Santiago en 1964, y se tituló de Profesor de Castellano en la Universidad Católica, en 1994. Desde esa fecha, ha ejercido la profesión docente en diversas instituciones de educación. Su vocación literaria nació junto con la adquisición de las primeras letras; ha escrito cuentos, relatos para niños, obras de teatro y un centenar de poemas. Ha publicado, además, *Y el jesele se cayó de la luna*, en esta misma casa editorial.



edebé
Editorial Don Bosco

Gato, el perro más tonto del mundo

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ

Gato, el perro más tonto del mundo

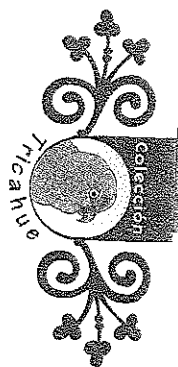
FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ



edebé
Editorial Don Bosco

Javier Hernández M.

**Gato, el perro más
tonto del mundo**



Gato, el perro más tonto del mundo
FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ

Edición: Patricio Varela Cabré.
Área de Diseño: Javiera Rivera Contreras.
Ilustración: Carlos Miranda Zamora.

© 2004 by Editorial Don Bosco S.A.
Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins 2373
Santiago de Chile
www.edebe.cl
comercial@edebe.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 142.737
I.S.B.N.: 956-18-0696-7

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Quinta reimpresión de septiembre de 2009.
Impreso en Gráfica Copy Center
Santo Domingo 1862, Santiago de Chile.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE



Gato, el perro más tonto del mundo

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ


edebé
Editorial Don Bosco

*A mi Sol, por su paciencia
(y también a mi Flo, por supuesto).*

Un cachorro muy, pero muy extraño

oy a contarles una historia de perros y gatos (de cinco perros y un gato, para ser exactos), pero no una historia cualquiera sobre estos animalitos, sino una muy especial. Claro, porque siempre hemos visto a los perros corriendo tras los gatos y sabemos lo mal que se llevan. Sin embargo, en este relato ninguno de los cinco perros persigue al gato (bueno, uno de ellos sí lo hace, pero solo una vez). Por el contrario, a veces es el gato quien persigue a los perros, aunque sin malas intenciones. En mi historia las cosas son diferentes, por eso es especial. Pero empecemos por el principio.

Los protagonistas de este cuento vivían en una parcela, no importa dónde, pero era una parcela grande, pues tenía muchos árboles frutales y de los otros, una chacra, un pequeño estanque, un establo con sus respectivos caballos, un par de vacas tontas en el potrero y un gallinero lleno de pollos más tontos que las vacas. Sin embargo, por grande que fuera esta parcela, para la gente que vivía en ella, que conocían lo grande que puede ser el universo, era un lugar pequeño, muy pequeño, quizás. Pero para los perros, la parcela era un mundo, su mundo. Era su territorio, era su hogar y como tal, vivían para protegerlo, pues todos sabemos que para un perro, proteger su hogar es lo más importante. En esta parcela, pues, corrían, comían, jugaban y amaban y, justamente porque podían hacer todo eso, eran felices. Eso por lo menos, hasta que sucedió lo que sucedió.



Había entre estos cinco perros, una perrita llamada Dalila, que tenía una cualidad muy particular: era tan buena madre que siempre le sobraba el cariño para adoptar cuanto cachorrillo huérfano le trajeran los amos. No había tenido camada a la que no se le hubiese agregado alguna cría ajena, que ella aceptaba sin ningún reparo. Cierta vez, por ejemplo, en que había parido tres lindos cachorritos, el amo había llegado a casa con dos perritos abandonados no sé dónde y los puso junto a la perra. En seguida, ella los lamizó con suavidad y les dio de mamar. Luego crecieron y, mientras sus hermanitos adoptivos fueron regalados (todos a buenas personas, por supuesto), ellos se quedaron en la familia, siendo bautizados como Aramis y Pandora, los más juguetones de la casa.

Pero volvamos a Dalila y a mi historia, pues la perra y su tremendo instinto maternal, fueron la causa directa de todo



lo que pasó. Todo porque en su última parición, en la que nacieron cuatro perritos, el amo le trajo otra vez una cría extraña para que la adoptara. ¡Y vaya que era extraña! Dalila la olfateó, pero no pudo recordar ningún olor parecido: “No huele a perro”, se decía sí misma, “*tampoco huele al caballo que monta el amo, ni a la vaca Pascuala, ni a los pollos del gallinero, ni a las lagartijas que toman el sol en los cercos...*”. No, definitivamente ella no conocía ese olor. Pero, aunque no parecía perro, tenía pelos, cuatro patas y una cola, y eso le bastó a la buena perra para quererlo y darle su leche. No sabía la que se armaría después.

Al día siguiente, los perros se acercaron a conocer a los nuevos cachorros. El primero en llegar fue Hércules, el orgulloso padre. Era un quiltro¹ mezcla de pastor alemán con otras dos o tres razas, extre-

¹ Quiltro: perro en lengua mapuche.



madamente listo, fuerte y valiente, por eso era el líder indiscutido de los perros. Se allegó a Dalila, la saludó con un roce de narices (que es como el beso de los perros) y luego olfateó uno por uno a sus hijos: uno... dos... tres... cuatro y...

—¡¿Qué es esto?! —exclamó dando un brinco.

—¿Qué pasa? —preguntó Dalila asustada, pensando que algo le había pasado a los perritos.

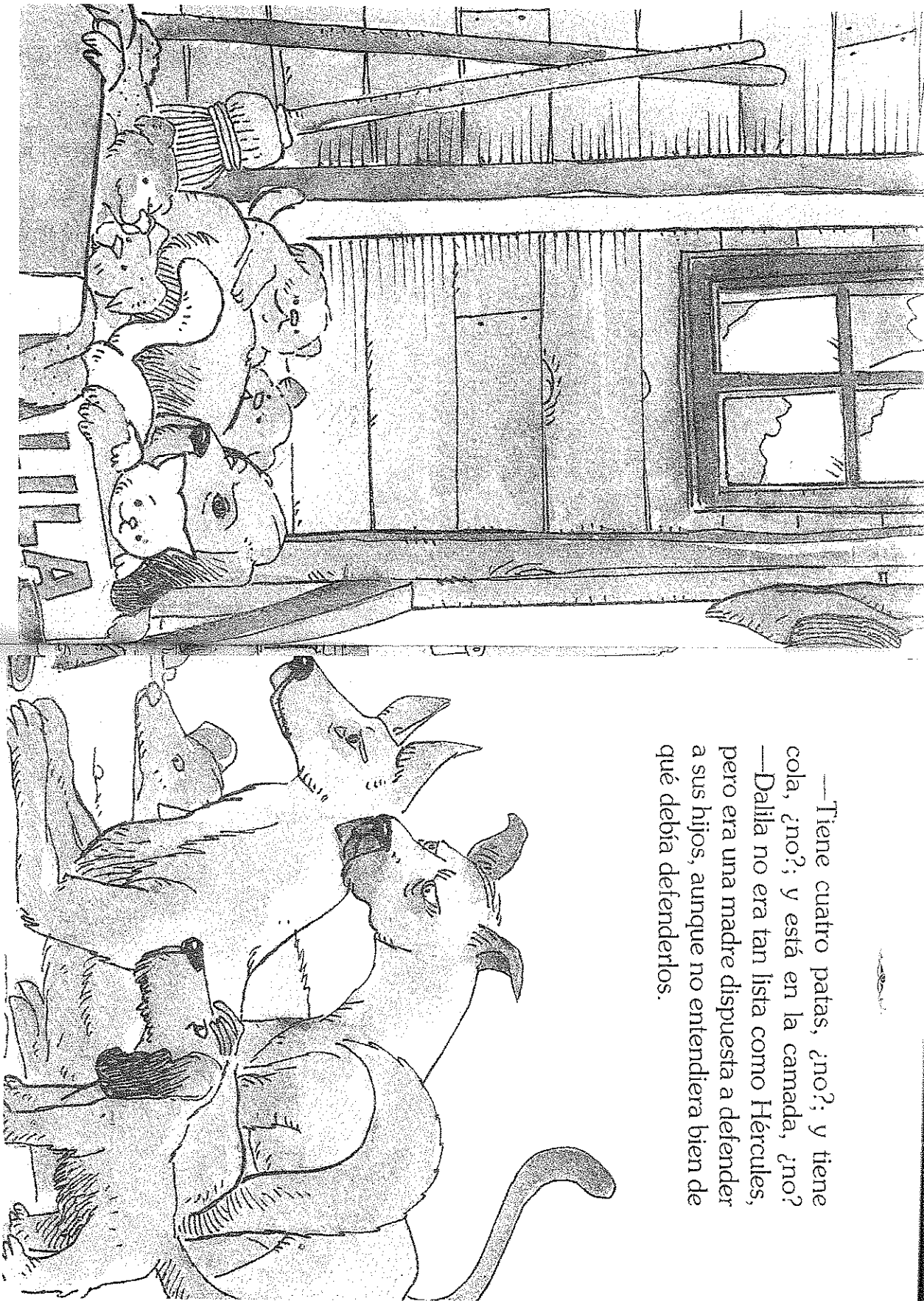
—¡Dímelo tío! —le respondió el perro, con cara de perro confundido, y le señaló a la quinta cría.

—Es un cachorro —dijo la perra, también con cara de confundida.

—¿Un cachorro de qué? —Hércules quizás no fuera un perro de raza, pero ya dije que era muy inteligente y había visto y oído muchos cachorros, de perro y de otros animales, como para saber que ese no era ninguno de ellos.



—Tiene cuatro patas, ¿no?; y tiene cola, ¿no?; y está en la camada, ¿no?
—Dalila no era tan lista como Hércules, pero era una madre dispuesta a defender a sus hijos, aunque no entendiera bien de qué debía defenderlos.



—¡Zapatillazos! ¡Nuevos cachorros, nuevos! —llegó saltando Aramís, feliz como siempre.

—¡Qué lindos, qué lindos! ¡Y son tan chiquitos! —llegó saltando Pandora, feliz como siempre.

Por supuesto, ninguno de los dos atolondrados cachorros se dio cuenta ni de la extraña cría, ni del altercado entre los otros dos perros. Entonces, apareció rengueando el viejo Goliat, el mayor de todos, en edad y en porte, pues seguramente contaba con un gran danés entre sus antepasados.

—Déjenme oler a esos cachorritos —dijo mientras se acercaba con su paso cansino.

—Olfatea, viejo, y dínos qué clase de cría es esta —le pidió Hércules malhumorado. Goliat, que ya no veía muy bien, allegó su nariz al pequeño y aspiró. “*A ver, a ver...*”, decía al hacerlo, “*este olor, este*



olor.. ¡*A la flauta!* ¡Es un gato!”, gritó por último, espantado. Los otros perros lo miraron extrañadísimo: “¿Un gato? ¿Y qué es eso?”. Por increíble que pareciera, resulta que en aquellos parajes no se veía un gato en años, no sé por qué, y ninguno de los perros había oído alguno en su vida. Ninguno, salvo Goliat, y aun él era muy joven cuando lo hizo, pero recordaba bien el olor y, sobre todo, recordaba lo que le había dicho solemnemente su padre: “*Hijo, los perros y los gatos son enemigos mortales*”. Cuando los otros perros oyeron esto, se pusieron muy nerviosos y asustados.

—¿Y como vine yo a ser padre de un gato? —se retorció atónito y un tanto molesto Hércules.

—¡Un gato, qué terrible, un gato! —exclamaba Pandora, pero luego se preguntaba— ¿Un gato... y qué es un gato?

—¡Un enemigo mortal! ¡Retumbales! ¡Un enemigo mortal! —le respondía



Aramís, pero luego él también se preguntaba—. ¿Y qué es un enemigo mortal?

—No importa —respondió Goliat, no sé si a Hércules o a los cachorros—, lo que importa es qué haremos con él.

Pero ninguno alcanzó a pensarlo siquiera, pues Dalila se alzó con los pelos del lomo erizados, las orejas tiesas y mostrando los colmillos, y les gruñó furiosa: “*¡Con mi hijo no harán nada!*”, y les largó una andanada de ladridos que los hizo correr a todos, incluso a Hércules, pues hasta los perros saben cuando es mejor no discutir con sus esposas. Pero, mientras corría, o más bien traqueteaba con sus oxidados huesos, Goliat decía jubilosamente: “*¡No hay por qué preocuparse, se irá como los otros!*”. Y, ya a prudente distancia de la perra y con la seguridad de que el gato sería regalado por los amos, los perros se sintieron un poco más tranquilos.



Sin embargo, pasó el tiempo y Gato, como le decían todos, perros y humanos, se fue quedando, se fue quedando y se quedó, para alegría de los niños y de Dalila y fastidio de Hércules y Goliat. Ambos perros no dejaban que el minino se les acercara siquiera, ninguno de los dos entendía muy bien eso de “enemigo mortal”, pero si lo había afirmado el padre de Goliat, debía ser algo muy malo y, por supuesto verdadero. Por su parte, Aramís y Pandora, que entendían aun menos, pensaban que el minino podía causarles algún daño si lo tocaban, algo así como pegarles alguna garrapata, más o menos, y lo evitaban asustados. Solo Dalila seguía queriéndolo como siempre, aunque eso significara que apenas hablaba con el resto de la jauría.

Una situación así es intolerable para cualquier perro. Por si ustedes no lo saben, los perros necesitan vivir en familia y, si por accidente o cualquier otra causa,



se ven separados de su familia (humana o perruna), pueden incluso morir. Los perros de esta historia habían sido muy unidos, pero ahora cada cual andaba por su lado y eso no podía ser. Hércules, instintivamente, lo sabía; y como líder del grupo, sentía que tenía que hacer algo. Y pensando y pensando, llegó a la siguiente conclusión: "Si todo empezó con la llegada del gato, entonces el gato debe irse y todo volverá a ser como antes". Debemos recordar que Hércules era un perro, con cerebro de perro y, por tanto, pensaba como perro. Para él era lógico pensar que Gato era la causa de todo y no su propia actitud, que lo llevaba a odiar al gatito solo porque alguien, a quien ni siquiera conocía, dijo que perros y gatos eran enemigos. Después de tener esta brillante idea, entonces, se lanzó a pensar cómo hacer para que el minino se fuera.



Para suerte del cucho, los perros —incluso uno tan listo como Hércules— piensan lento cuando se trata de inventar algún plan un poco más complejo que el de cazar un conejo esquivo. Además, antes de que el perro pudiera tramar algo, Aramis llegó corriendo y gritando:

—¡Calabazazos! ¡Jefe, jefe! ¡Los Otros, los Otros...! —le dijo alocadamente.

—¿Dónde? —preguntó Hércules, parando las orejas.

—¡En la cerca del fondo, detrás del potrero donde come la vaca Pascuala, donde están esos árboles que dan frutos negros y...! —el cachorro habría seguido todo el día dando indicaciones si Hércules no lo interrumpie.

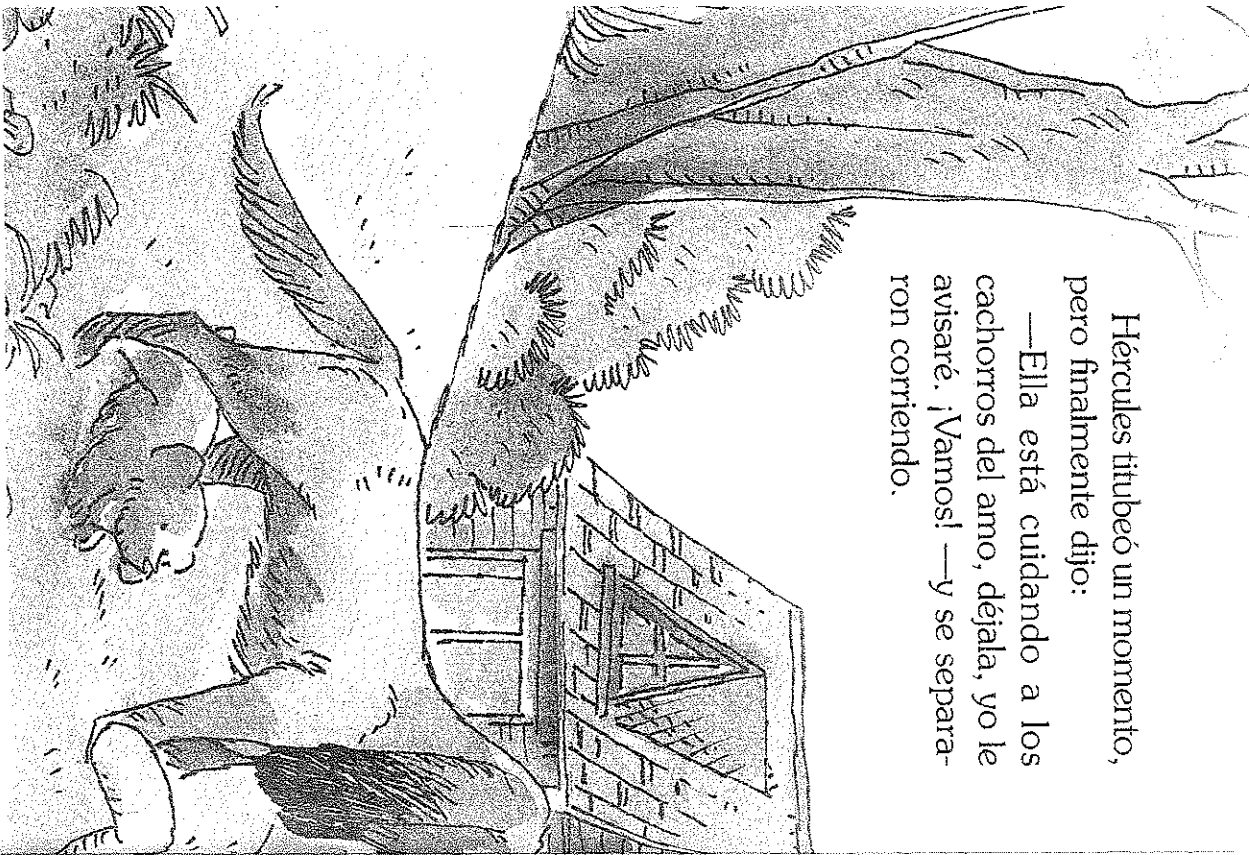
—¡Ya!... Busca al viejo que está durmiendo bajo la higuera —le ordenó—. Yo iré por la chica.

—¡Zúngales! ¡Bien, jefe! —Aramis iba a lanzarse a correr, pero se contuvo para preguntar— ...¿Y mamá?



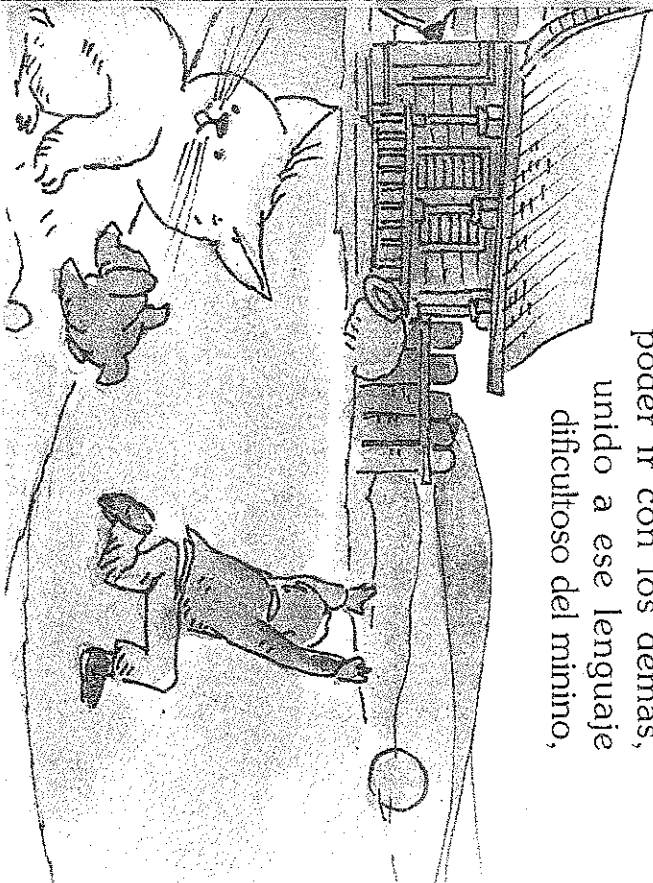
Hércules titubeó un momento, pero finalmente dijo:

—Ella está cuidando a los cachorros del amo, déjala, yo le avisaré. ¡Vamos! —y se separaron corriendo.



Dalila estaba, efectivamente, vigilando a los niños, que jugaban en el jardín. El gatito perseguía la cola de su madre, como siempre. En eso apareció Hércules, que buscaba a Pandora, y se le acercó. Le advirtió lo que pasaba y le ordenó que siguiera cuidando a los niños, luego se marchó a toda prisa. Entonces, el gatito se quedó mirando a la perra y le preguntó:

—Mamá, ¿qué los Otros son? —la perra lo miró un poco molesta. El no poder ir con los demás, unido a ese lenguaje dificultoso del minino,



la hicieron sentirse fastidiada. Aun así, contestó cariñosa:

—Son los perros que viven al otro lado de la cerca del fondo, donde está ese cerro —le explicó.

—¿Los Otros son perros malos, mami? —volvió a preguntar el gatto.

—Eee... Sí, hijo. Siempre quieren meterse en nuestro territorio, para robarse los huevos o algún pollo.

El gato guardó silencio y ya parecía que se había olvidado del asunto, cuando atacó de nuevo:

—¿Los Otros son como gatto, mami? ¿Son? —la perra lo miró extrañada por esa pregunta.

—¡Nooo! ¿A qué viene eso, hijo? —lo interrogó a su vez.

—Gatto no se parece a ti, ni al jefe, ni al feo viejo, ni a los cachorros —explicó el minino—, entonces, si nadie quiere mí debe ser porque gatto es como los Otros...



—¡Hijo...! —la buena perrita sintió que se le apretaba el corazón y no supo qué contestarle al gato.

Cuando la jauría regresó, venían tan alterados y molestos, que por un momento se olvidaron de sus propias rencillas y se detuvieron junto a Dalila para comentar lo sucedido: los Otros habían cavado un hoyo bajo el cerco, por él entraron y, aunque no habían avanzado mucho ni causaron ningún daño, sí habían dejado muchos rastros, desafiando abiertamente a nuestros perros. El más molesto era, sin duda, Hércules, pues como líder tenía el deber de evitar que algo así ocurriera, pero como estaban las cosas en la jauría, se había descuidado y eso era imperdonable para él. Agregó mentalmente este suceso a la lista de culpas de Gato y sintió aún más rencor contra él.

—Así es, mamá —le decía Aramís a la perra—, yo me fui a dar un paseíto por allá y al llegar, ¡costillazos!, ¡sentí su olor! ¡Y corrí a avisar!



—¡Y lo volvieron todo! —intervino Pandora— ¡Hasta se hicieron... ugh... caca!

—¡Y su olor! ¡Dejaron todoapestoso con su olor! —se quejaba Goliat, que tenía el olfato más fino de todos.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Dalila y todos callaron, mirando a Hércules.

—Por ahora, estar alertas —dijo el perro líder—. Y cuando el amo salga a reparar las cercas, lo acompañaré y trataré de guiarlo hasta allá, para que les tape el paso —agregó, y se alejó caminando como con desgano, saboreando la cara de admiración que los cachorros pusieron ante su rápida y certera respuesta. Hércules era listo y también un poquito bravucón, cierto que entendía bien a los amos, pero no estoy seguro de que ellos lo entendieran a él. Sin embargo, los cachorros creían que realmente lograría que el amo arreglara el cerco. Lo veían como a un



héroe invencible, siempre audaz y astuto, y sentían por él toda la adoración que un cachorro de perro puede sentir por el jefe de la jauría.

Pero, por una u otra razón, el amo no salió a reparar nada, por lo que las cosas quedaron como estaban, hasta la noche de la fiesta, al menos... pero no nos adelantemos. Por su parte, Hércules siguió pensando en cómo librarse del gato, la verdad era que extrañaba muchísimo a Dalila y se estaba desesperando por no poder estar con ella. Por eso, cuando los amos hicieron la fiesta aquella, tuvo la tincada de que por fin llegaba su oportunidad.

La noche de la fiesta, la casa se llenó de gente, había cachorros de hombre corriendo por todos lados y personas entrando y saliendo a cada rato. Con toda esa batahola, los perros se hallaban muy nerviosos, pues, por una parte, tanto extraño dando vueltas por ahí los man-



tenía alertas, no fuera que se metieran a robar al gallinero o que alguna de las crías humanas se cayera al pozo; y por otro lado, en la parrilla había mucha carne asándose y la perspectiva de participar del banquete los tenía con el hocico lleno de saliva. Obviamente, Dalila no estaba muy preocupada de Gato, que correteaba de aquí para allá, escapando de los chiquillos que querían tirarle la cola, por lo que no se dio cuenta cuando el minino, aburrido y molesto, se perdió en la oscuridad rumbo al gallinero. Pero Hércules sí lo vio y, sin pensarlo mucho, se dijo "ahora o nunca". Sigilosamente se separó de los otros y siguió al gato, perdiéndose tras la negra cortina de la noche. Nadie se percató de su partida.

Gato, en tanto, caminaba un poco más relajado, sin niños que trataran de tironearlo, y se sentía contento. La oscuridad no le asustaba y podía desplazarse sin dificultad de noche por la casa y sus



alrededores. Se entretenía escuchando los ruidos que hacían los ratones nocturnos, tratando de ubicar uno para cazarlo... o intentarlo al menos. Hasta ahora, solo había atrapado cucarachas y un par de lagartijas, algo tíasas por el frío de la noche, pero de ratones, nada, ni la cola. Gato, con su instinto de gato, creía que si cazaba un ratón, los perros cambiarían su actitud hacia él. Pese a que los gatos no son tan listos como los perros (por eso no le podemos enseñar trucos a un gato), el minino intuía que debía demostrarles que él, aun siendo distinto, también podía ser un buen... perro. No se rían, Gato no sabía que era un gato, él se veía a sí mismo como un perro, aunque no supiera ladrar o, en vez de levantar su patita contra un árbol, hiciera pipí en un hoyito en la tierra. Y como se creía perro, quería convivir con los demás perros, a pesar de que la soledad no le disgustaba y hasta la prefería, cuando veía a los cachorros pelearse por un hueso o a los hijos del amo llorar por



el mismo juguete. Pero, de todos modos quería ser un perro más de la jauría, por mamá, que era tan buena y cariñosa, para que ella no estuviese tan sola por su culpa.

En todo eso pensaba Gato en su paseo, tan concentrado que, sin darse cuenta, se encontró de pronto cerca del gallinero y mucho más lejos de lo que había llegado en cualquiera de sus anteriores rondas nocturnas. Tampoco se percató de que Hércules lo seguía y solo lo vio cuando lo tenía encima. El perrazo se abalanzó sobre él, con sus enormes colmillos a la vista y gruñendo amenazante. Gato se desconcertó por un momento, ningún perro lo había atacado hasta ahora, y no supo qué hacer, pero reaccionó antes que Hércules lo alcanzara echándose a correr hacia el gallinero. Debo aclarar que el perro no pretendía hacerle daño, solo quería asustarlo y corretearlo para que abandonara la parcela. Como verán,



no era un gran plan, ni siquiera para un perro, mas Hércules confiaba en que el gato, aterrado, huiría para no volver, pero no había previsto nada en el caso de que su idea fallara... Tan enceguecido estaba por el rencor.

La primera parte del plan, por el momento, estaba resultando, Gato se veía realmente asustado y ¡cómo corral, sin saber hacia dónde lo hacía. De pronto, el entablado de la casucha de las gallinas apareció ante él y, sin pensarlo dos veces, de un salto se encaramó hasta el techo, con la esperanza de que el perro dejara de seguirlo. Y así fue, el perro no tenía la agilidad del minino y debió detenerse, ofuscado porque las cosas se empezaban a complicar. No había contado con esa treta tan felina y lo único que atinó a hacer fue a amenazar al gato desde abajo.

—¡Baja, gato, bájate de ahí! —le decía, mientras lo miraba con ojos llenos de rabia.



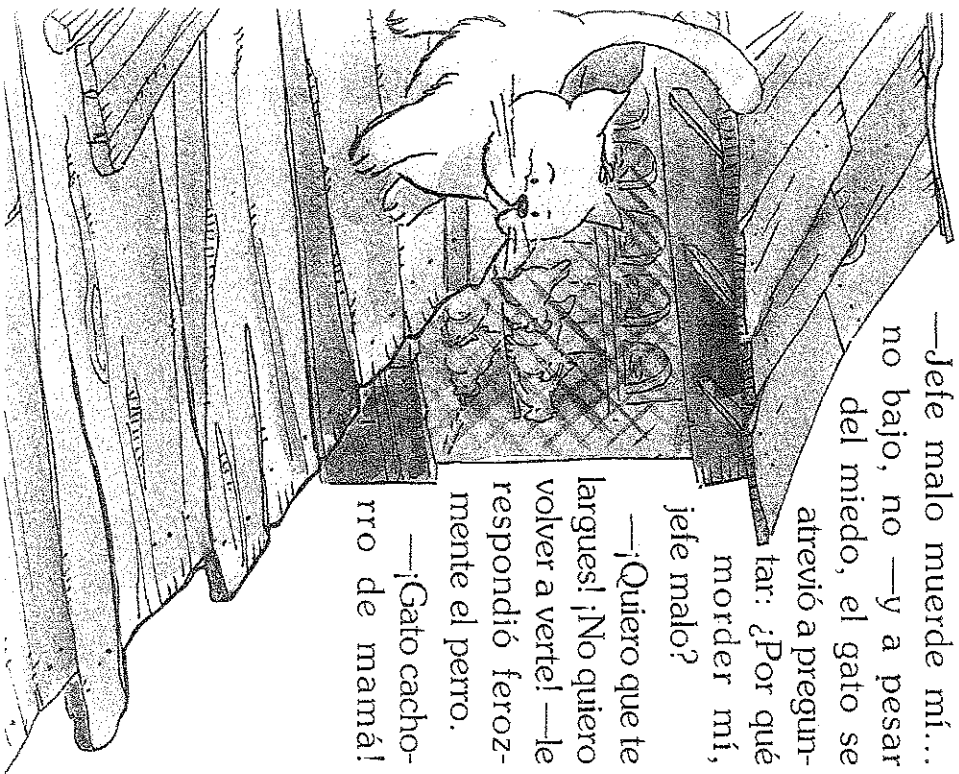
—¡Nooo! ¡Gatito no baja, jefe malo!
—le respondía temblando el gatito.

—¡Gato, baja te digo, baja! —le gruñía el perro, cada vez más enojado.

—Jefe malo muerde mí...
no bajo, no —y a pesar del miedo, el gato se atrevió a preguntarle: ¿Por qué morder mí, jefe malo?

—¡Quiero que te largues! ¡No quiero volver a verte! —le respondió ferozmente el perro.

—¡Gato cachorro de mamá!

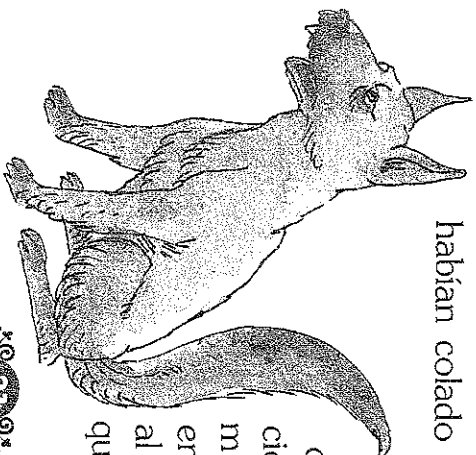


¿Por qué no quieren mí? ¡Gato perrito como tú! —le reclamó el minino desde arriba.

—¡Tú no eres un perro!

La respuesta de Hércules dejó al gato estupefacto. ¿Cómo era eso? Pero no tuvo tiempo para pensarlo más, súbitamente, algo surgió de la oscuridad detrás del gallinero y embistió a Hércules por un costado, dándole un buen revolcón. Antes de que pudiera recuperarse, otras tres sombras cayeron sobre él, atacándolo ferozmente por todos lados: ¡eran los Otros! Aprovechando el descuido de nuestros perros, se habían colado otra vez y esta-

ban por asaltar el gallinero, cuando apareció Hércules. Primero, pensaron en escapar, pero al darse cuenta de que estaba solo y



distraído con lo que parecía un conejo o una rata enorme (ellos tampoco conocían a los gatos), se lanzaron furiosamente contra él.

Hércules era fuerte como un toro, valiente como el que más y fiero como un león, pero luchar contra cuatro rivales a la vez era demasiado hasta para él. Gato miraba desde su refugio en la altura y veía como, poco a poco, Hércules perdía el aliento y los Otros lo herían sin piedad. No sabía qué hacer, por un lado, sentía que debía ayudarlo, si no por él, por mamá y los demás perros de la casa; pero, por otra parte, Hércules lo había atacado y quería echarlo, alejarlo; Hércules lo odiaba. Miró hacia la casa, pensando en Goliat, mamá y los cachorros, pero estaban demasiado lejos y en medio del ruido de la fiesta como para oír el fragor de la pelea. Miró hacia abajo de nuevo, Hércules ya no podía más, sus orejas sangraban y su nariz también, pronto acabarían con él.



Entonces, se decidió y de un salto elástico y silencioso, se lanzó al suelo y, rodeando la violenta escena de la lucha, corrió hacia la casa. Enfrascados en la pelea, ninguno de los perros lo vio. Nunca había corrido tan rápido, ni siquiera cuando lo perseguía Hércules. Al llegar cerca de la casa, unos chiquillos quisieron agarrarlo, pero los esquivó ágilmente y siguió su carrera. El primero en verlo venir fue Goliat, aunque no le hizo mucho caso, pues su nariz tenía conectado su cerebro al olor del asado. Pero Gato saltó sobre él para caer entre Aramis y Pandora, los que saltaron asustados con esa repentina aparición gatuna.

—¡Los Otros! ¡Los Otros! —gritó desesperado—. ¡Jefe peleándoles a todos!

—¡Qué! ¿Qué dices, pequeño? —le preguntó Dalila, alarmada.

—¡Gallinero... gallinero! ¡Jefe y los Otros pelean! —trató de explicar el pobre gato—. ¡Ayudarlo, lo matan, ayudarlo!



No fue necesario más. Goliat aulló su grito de guerra y salió disparado hacia el gallinero, el viejo perro siempre caminaba rengueando, pero si de pelear se trataba, era tan ágil como un cachorro. Tras él partieron Aramis, las perras y, por último, el gato, algo cansado, más por la emoción que por la carrera.

En el gallinero, Hércules quemaba sus últimas fuerzas lanzando dentelladas a diestro y siniestro. Sus enemigos no le daban tregua, pero nunca pensaron que les costaría tanto doblegarse, era como si Hércules tuviese más de un hocico, pues parecía que podía morder a dos de ellos a la vez. Normalmente, los perros no se ensañan tanto al pelear y todo termina con el rival más débil huyendo, más humillado que lastimado, pero Hércules tenía el orgullo más grande que cualquier instinto de supervivencia y nunca pensó en huir. Eso puso más furiosos a sus amigos y redoblaron sus esfuerzos para



acabarlo de una vez. De pronto recibió una mordida certera en una pata y cayó de costado, los Otros aullaron su triunfo y se fueron contra él, pero antes que el primero lograra apresarlo con sus colmillos, la figura enorme de Goliat le cayó encima, aplastándolo contra el entablado del gallinero, que casi se vino abajo con el impacto. Tras el viejo, les cayó Aramis, más pequeño, pero igual de impetuoso y feroz. La llegada de las perras equiparó las fuerzas y definió el resultado de la refriega. Cansados con la pelea que les había dado Hércules, los Otros no estaban para hacer frente a cuatro rivales frescos y furiosos y, perdiendo toda dignidad y compostura, huyeron en desbandada y más de alguno gimoteando y con la cola entre las patas. Y bastante vapuleados, por supuesto. No deben haber parado de correr hasta llegar a sus camas, supongo.

Hércules seguía echado en el suelo, agotado y malherido, cuando sus amigos



volvieron de perseguir a los Otros. Dailia se le acercó y lamio un poco sus heridas, Goliat se sentó satisfecho y orgulloso a su lado y los cachorros daban vueltas por todos lados, aún excitados por la batalla. Gato, a pesar de no ser tan listo como un perro, se mantuvo a prudente distancia, encaramado a medias en un árbol. Hércules jadeaba y le dolía todo el cuerpo, tenía heridas por todos lados y una de sus orejas ya no se levantaría más, pero sus lesiones no eran de gravedad, seguramente se curaría pronto y volvería a comandar la jauría con su prestigio enormemente aumentado (un jefe con cicatrices de guerra es doblemente respetado). Con la perra a su lado, confortándolo, se sintió mucho mejor.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella, cariñosamente.

—Cansado —le respondió, ocultando su dolor.



—¡Estuviste grande, jefe, muy grande!
—exclamó gozoso Goliat—. ¡Tú solo contra todos! ¡Grande!

—Casi me matan... —dijo simplemente Hércules.

—¡Nool! ¡Eso es imposible! —Goliat solía entusiasmarse mucho con las peleas— ¡Y después de esta noche, los Otros no volverán en mucho tiempo!

—¿Qué hacías solo por aquí? —le preguntó Dailia, que hacía rato meditaba en el hecho de que Gato fuese quien diera la alarma.

—Eee... me di una vuelta... por si acaso —mintió no sin cierta dificultad.

—La próxima vez, jefe, avísame. Ya ves que no podemos separarnos —esta vez Goliat estaba serio—. Si no es por el gato...

—¿El gato? ¿Qué hay con el gato?

—Hércules levantó su cabeza y paró su oreja buena.



—Fue el gato el que nos avisó —le dijo Goliat.

—¡Sí, sí! —intervino Pandora—. ¡El gatito regalón de mamá llegó corriendo y gritando...!

—¡Los Otros... atacan al jefe... en el gallinero! —completó Aramis y ambos cachorros saltaron de gusto.

Hércules no dijo nada más, pero notó que Dalila, quien permaneció todo el resto de la noche junto a él, no dejaba de mirarlo en forma extraña.

Al día siguiente, los amos atendieron a Hércules y recorrieron los deslindes de la parcela, encontraron el paso abierto por los Otros y lo cerraron. Como recompensa especial por su defensa del gallinero, los perros recibieron las suculentas sobras del asado. Estaban disfrutándolas, cuando apareció Gato de improviso, no sabía que los perros estaban comiendo y se sorprendió al encontrarlos a todos



juntos. Recordando los afilados colmillos de Hércules, se sentó a respetable distancia, esperando a que Dalila terminara. Al verlo, la perra intentó levantarse para ir donde estaba, pero Hércules la detuvo:

—Espera —le dijo—, tengo algo que contarte... sobre el gato y lo que pasó en el gallinero.

La perra se sentó y escuchó la verdad de lo sucedido esa noche.

Al poco rato, Dalila llamó al minino, que paró las orejas, pero no se movió, su madre estaba echada entre Hércules y Goliat y eso no le gustaba. Pero la perra repitió el llamado, y esta vez agregó un "No te preocupes" en un tono bastante especial que, sin saber por qué, lo tranquilizó. Aun así, se acercó cautelosamente, sin perder de vista a Hércules, que parecía dormir. Goliat, por su parte, roía muy concentrado un hueso. Solo los cachorros lo miraban, pero burlesamente, y no temió peligro por parte de ellos. Cuando estuvo junto a su



madre, ella le acercó su plato con restos de carne:

—Toma, hijo, tu parte—le dijo cariñosa y feliz. Gato no podía creerlo, ¡comer él, ahí, entre todos los perros! Se quedó perplejo.

—Anda, come... —le repitió la perra, pero ni siquiera eso lo sacó de su sorpresa.

Entonces, con un desgano de tono autoritario, como si hablara con cualquier otro y sin abrir los ojos siquiera, fue Hércules quien le dijo:

—Vamos, come o te quedarás sin nada... cachorro.

II Una irresistible vocación

Imaginemos una escena de lo más pintoresca y extraordinaria: un árbol, una higuera, y a la sombra de esta higuera, echados y con cara de aburridos, cinco adormilados perros y, en medio de todos ellos, un gato lamiéndose las patas. ¿Verdad que es extraño? Bueno, no tanto si recordamos de quienes se trata, nuestros cinco valientes perros... ¡perdon!, debo decir seis valientes perros, sumando al perro adoptivo, Gato.

Ya hace cosa de un mes que el minino forma parte oficial de la jaurná, aunque no respeta mucho el protocolo más o menos usual en el trato entre perros. Pocas veces

los acompaña en sus rondas de inspección del territorio, pues prefirere subirse a los tejados y vigilar desde allí; ni hablar de meterse al estanque de los patos, aunque haga mucho calor; tampoco acata la regla número uno de todos los animales de la parcela: no entrar a la casa; es más, no solo entra y sale cuando quiere, sino que lo hace con el beneplácito de los amos. Esto último ha molestado un poco a los perros, que no sabían de favoritismos hasta ese instante, no uno tan innmercido, al menos, ya que Gato era el menos útil de los animales... por el momento

Por eso estaban reunidos bajo la higuera: debían decidir qué clase de perro sería Gato. Porque, obviamente, dentro de una jauría, como en toda familia, cada integrante cumple una función, es decir, de alguna manera ayuda al grupo en algo. Los perros, entonces, necesitaban definir qué haría el cucho a futuro, para ser un digno miembro del clan.



—Sin duda, no tiene cuerpo ni ladrido para ser guardián —dijo Hércules evaluando físicamente al mínimo, y agregó—: Además, le faltan colmillos.

—Gato corre rápido y salta mucho —se defendió el gato.

—Eso lo tenemos claro —reconoció el líder, tratando de mover sin éxito su oreja caída.

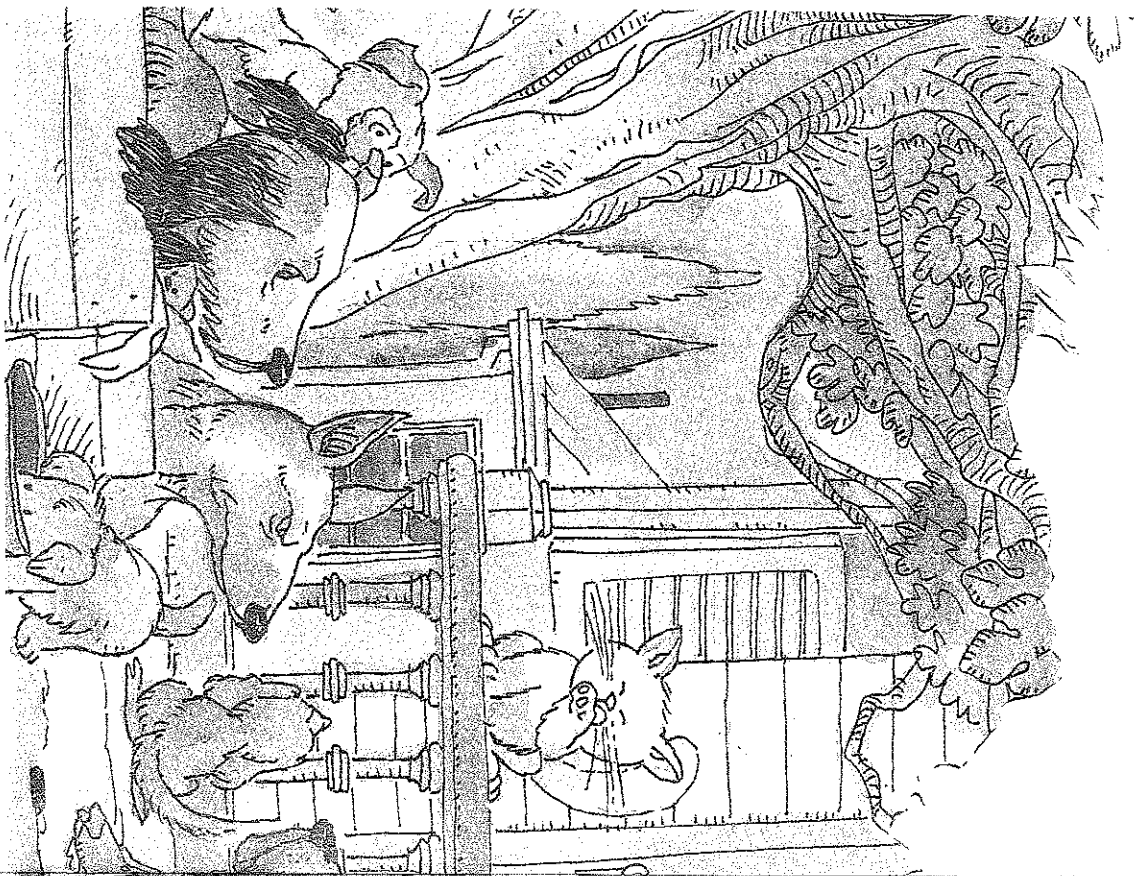
—Tampoco tiene nariz de cazador —sentenció despectivamente Goliat, quien aún mantenía cierto recelo en contra del gato, a quien aceptaba, pero definitivamente no quería.

—¡Oh, yo cazo, sí, yo cazo! —exclamó con vehemencia el mínimo, pero nadie pareció muy impresionado.

—¿Sí? Cucarachas y lagartijas... esas no son presas —le respondió burlón Goliat.

—Creo que si puede entrar a la casa —dijo Dalila, que no quería que terminaran





lastimándolo con los comentarios—, puede ayudarnos a cuidar a los niños.

—Sí, sí! ¡Que nos ayude con los cachorros del amo! —pidió encantada Pandora, que se había encariñado bastante con el minino.

—Está decidido —dictaminó Hércules—. Gato, nos ayudarás a cuidar a los niños, mamá te enseñará cómo hacerlo.

—Gatito caza... —intentó resistirse el gato, pero una mirada autoritaria de Hércules le bastó para callarse.

—Gatito caza, gatito caza... —lo remedó Goliat entre dientes, mientras se levantaba para

alejarse un poco fastidiado por sus huesos oxidados.

—¡Sí! ¡Caza cucarachas y lagartijas! —se rió abiertamente Aramis; como cachorro que era, no lo hacía con mala intención, pero de todos modos se ponía pesado a veces.

Así que, muy a su pesar, Gato comenzó a ser aleccionado para cuidar niños. Pero ningún gato podría jamás servir para eso (a menos que se trate de sus propios hijos), y este minino no sería la excepción. Siempre parecía distraído, sin hacer mucho caso de lo que le enseñaba Dalila; y, cuando estaba solo dentro de la casa con los niños, se dedicaba a jugar sin preocuparse por cuidar a nadie. Dalila no sabía qué hacer, Gato sencillamente no aprendía nada.

—Mami, ¿por qué a los amos cuidamos? —le preguntó cierta vez.

—Porque ellos cuidan de nosotros —le contestó la perra.



—¿Porque nos dan comida? —cuando Gato preguntaba, nunca era una sola la pregunta

—Sí, hijo... —Dalila estaba algo molesta con él.

—Nosotros podemos cazar y comer...

—dijo el gato, pero su madre lo interrumpió:

—¡No me hables más de cazar! ¡Ni para comer ni nada! —le dijo enojada, pero luego moderó su tono—. Mira, hijo, los amos no solo nos dan comida, también nos limpian, nos abrigan cuando hace mucho frío y, cuando nos sentimos mal, llaman al señor de bigotes blancos que nos cura. Hacen eso y muchas cosas más, por eso los cuidamos.

—Me tiran la cola —dijo el minino, como para justificar su aparente falta de lealtad.

—¿Y tú no me tiras la cola a mí? —le preguntó cariñosa su madre.



—Estaba jugando —le respondió el gato.

—Ellos también. Todos los cachorros juegan, pero no son malos... —esa fue, quizás, la única lección bien aprendida por Gato, pues nunca más volvió a poner en duda la lealtad de los perros hacia sus amos.

Sin embargo, estaba escrito que Gato no cuidaría de los niños. Cierta día, la hija menor de los amos, que hacía poco tiempo había aprendido a andar, salió de la casa sin que nadie se diera cuenta y caminó hacia la chacra. Cuando digo nadie, me refiero a nadie humano, pues Gato sí la vio y, aunque en esos momentos acechaba a una lagartija, algo en su interior, una voz muy similar a la de su madre, le dijo "Ve tras ella". El minino hubiese querido atrapar a su presa, pero esa voz no lo dejó tranquilo, hasta que se encaminó tras los pasos de la niña. De un ligero trote la alcanzó y, al hacerlo, se

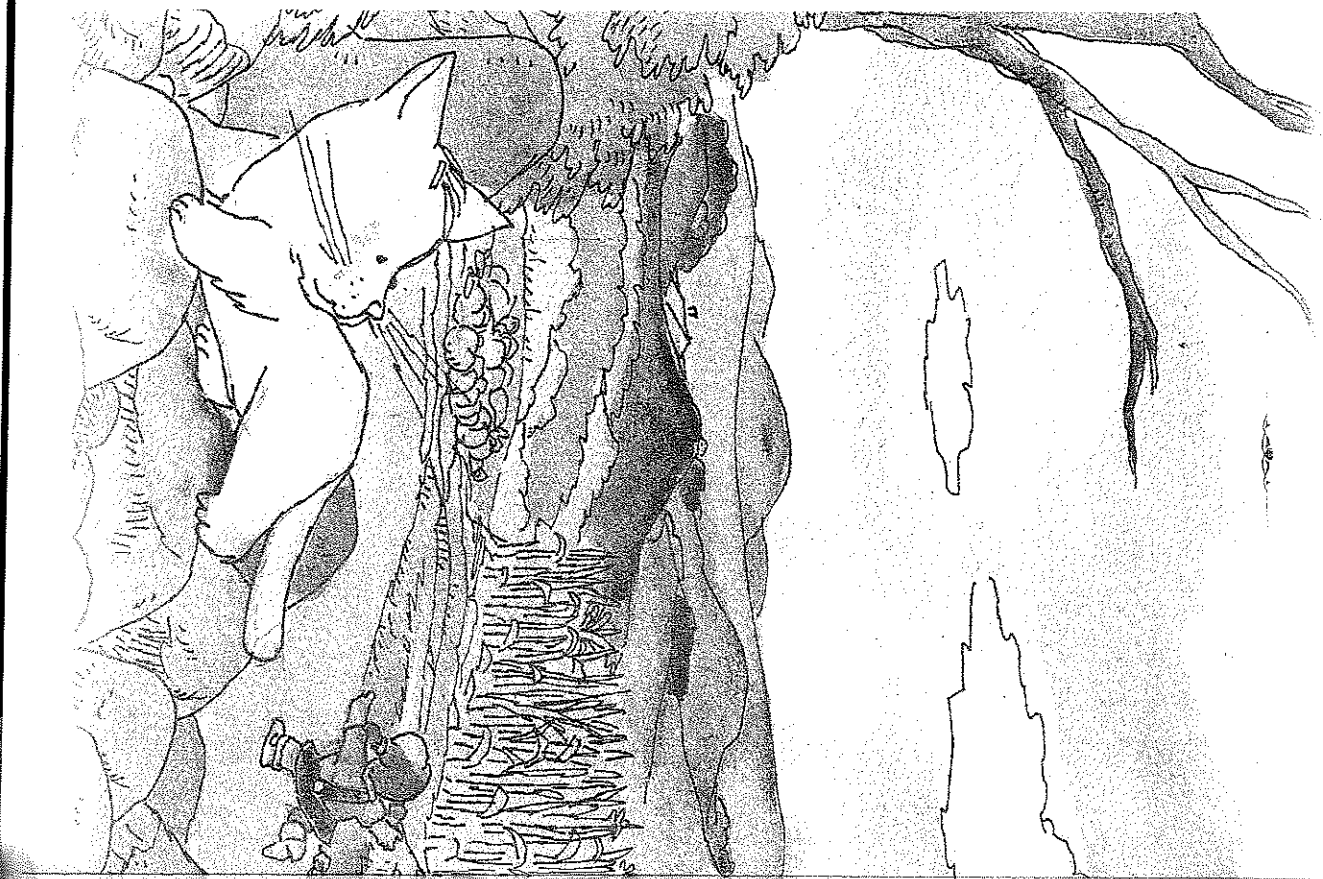
preguntó "Y ahora, ¿qué hago?", puesto que sabía que tenía que hacer algo... Hasta él se daba cuenta de que la cachorrilla humana no debía andar sola por ahí.

—Oye... vuelve a la casa —le dijo, pero evidentemente la niña no lo entendió.

—Chiquita, chiquita... estás sola... no está bien eso... ¡vuelve a la casa! —insistió, sin resultado alguno.

La cosa no tenía remedio. Se dio cuenta de que no podía hacer que la niña se devolviera, así que decidió acompañarla. Dalila le había dicho: "Lo importante es que los niños no estén nunca solos", por lo tanto, estaba haciendo lo correcto y siguió a la chiquitita hasta la chacra.

Dalila venía de darse una vuelta por el estanque, donde había apagado su sed, cuando se encontró con Pandora. Estaban por hablarse, cuando escucharon a los amos llamando a gritos a su pequeña, ya algo desesperados. Corrieron a la casa, asustadas.



—¿Dónde estabas? —le preguntó Dalila a Pandora—. Creí que tú los cuidabas cuando me fui.

—¡Lo hacía, lo hacía! ¡Te lo juro, mamá, pero se entraron a la casa y no los vi más! —le respondió nerviosamente la cachorra.

—¡Adentro... y solos!... ¿Y el gato? ¿Dónde estaba el gato? —volvió a preguntar Dalila.

—¡No lo sé! —le respondió Pandora, dando saltitos de puro abrumada que estaba.

—¡Ve por el viejo, necesitamos su nariz! ¡Yo buscaré por aquí, no puede estar muy lejos! —Dalila no era tan lista como Hércules, pero era madre ante todo y sabía bien lo que tenía que hacer. Cuando Pandora se alejó, comenzó a olfatear por todos lados, hasta que creyó encontrar el olor de la niña y se lanzó tras él. A los pocos pasos, descubrió otro olor, más conocido aún: ¡el gato! Juntos, los dos olores se

percibían rumbo a la chacra. Hacia allá corrió y allí los encontró: la niña, sentada junto a la mata de zapallos, con el gato en brazos... ¡jugando con sus chapas?! La perra hasta pensó en morderlo, pero estaba demasiado contenta por haber encontrado a la pequeña, que se olvidó del gato por el momento... pero ya hablaría con él. Regresó ladrando fuerte hasta la entrada de la chacra, allí se encontró con Goliat y Pandora, que seguían su rastro.

—¡La encontré! ¡Vayan a la casa avisar!

—les dijo, pues no quería dejar sola a la niña otra vez.

—¿Avisar? ¿Cómo?— Goliat era bueno rastreando, pero no era muy rápido de entendimiento y le costaba imaginar la manera de atraer a los amos.

—¡Qué sé yo, viejo! —le respondió impaciente Dalila.

2 Chapas: trenza de pelo en lengua mapuche.



—¡Solo ladren! ¡Ladren con fuerza! —les ordenó Hércules, que apareció en ese momento casi por milagro. Lo cierto es que había escuchado los gritos y había seguido a Goliat y a Pandora.

Así que los tres corrieron a la casa, ladrando como si los persiguiera el diablo de los perros. Por supuesto, tal escándalo llamó la atención de los amos, que los siguieron hasta la chacra, donde la niña seguía sentada junto a los zapallos, todavía con el gato en brazos. Dalila movía la cola feliz a su lado. Si hasta ese día los perros eran queridos, desde entonces fueron amados por los amos, especialmente Dalila. Todo fue felicitaciones y mimos ese día, ¡y también, doble ración de alimentos, por supuesto!

El único que no recibió felicitación alguna fue el pobre gato. Dalila lo regañó bastante y de nada valieron las explicaciones que quiso dar. Después de todo,



él había hecho lo que le dijo, se había quedado con la pequeña, ¡cómo iba a adivinar que tenía que avisar!

—Bien, no sirve cuidando niños —dijo Hércules—. Habrá que probarlo en otra cosa, entonces —y miró a Goliat, que de inmediato dijo:

—¡Cazando no, eh! ¡No tiene nariz! —y bufó ofendido, mientras el gatito lo miraba preguntándose qué quería decir aquello de que no tenía nariz... ¡y lo que tenía sobre el hocico, qué? ¿Eran las orejas acaso?

—Bueno, que vigile, entonces —determinó, pero poco convencido, Hércules—. Ayer, ¡un jote³ quiso llevarse un polluelo y las gallinas reclamaron mucho, pues casi no llego a tiempo. Seguro que hoy lo intentará de nuevo. Acompañame al gallinero.

³ Jote: ave rapaz.



Y partieron los dos, perro y gato, hacia el gallinero. Una vez en la entrada, Hércules le ordenó encaramarse al techo y cuidar desde ahí a los pollos.

—Quédate ahí y cuida que el jote no intente llevarse otro polluelo —le dijo y se fue, sin más, dejando al minino preguntándose qué diferencia había entre cuidar cachorros de hombre y cuidar cachorros de gallina. Además, ni siquiera sabía lo que era un jote. Se echó malhumorado y miró a los pollos abajo, que a su vez lo miraban arriba, sin entender ninguno para qué estaba el otro allí. Un buen rato después, una sombra proyectada sobre el suelo del gallinero, lo cruzó raudamente varias veces y cada vez más grande.

—¡Coc-coc, oye, coc-coc! —Gato vio al gallo tratando de llamar su atención.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó des-
pertando de su casi siesta.

—¡Coc-coc, viene el jote, coc-coc! —le dijo el gallo alarmado.



—¿El jote? ¿Dónde? —el minino miraba para todos lados, pero no veía nadie extraño rondando.

—¡Co-coc, arriba, arriba, coococ! —el gato miró hacia el cielo y vio una sombra negra girando. ¡Así que eso era el jote! ¿Y qué debía hacer ahora?... no tenía idea. Bajó la vista hasta el gallo, que con su cresta rubicunda y su cara de ave sin cerebro, giraba la cabeza a cada rato para verlo, alternadamente, con cada uno de sus ojos. No, el tonto del gallo no podía decirle qué hacer, si lo supiera, lo haría él mismo. Volvió a levantar la vista y descubrió que la sombra se acercaba más y más. Entonces, decidió lo que iba a hacer y lo hizo.

Hércules venía del baño de los perros cuando se topó con Gato, que corría como un loco llamándolo.

—¿Qué pasa? ¿No te dejé cuidando los pollos? —le preguntó alarmado, intuendo lo que pasaba.



—¡Sí, sí! ¡Cuido pollos, por eso aviso corriendo! —dijo el gato—. ¡Jote viene, jote viene!

—¡El jote! ¿Lo viste? —Hércules temió lo peor.

—¡Sí, volando en el cielo, pájaro negro y feo...! —Gato quiso seguir describiendo al jote, pero el perro corrió de inmediato hacia el gallinero, dejando al cucho hablando solo. Casi llega tarde otra vez, las gallinas aterradas le cacareaban, llamándolo y apurándolo: "¡El jote, el jote... cococococ! ¡Dónde estabas tú, cocococ!". Hércules ladró fuerte y enojado: "¡Eh, tú! ¡Fuera!", y el jote, sorprendido con las garras en la masa, dejó en paz a los polluelos y se echó a volar, asustado.

Aun cuando el perro había llegado a tiempo, las gallinas cacarearon disgustadas en su contra "por dejar a ese perro extraño cuidándolas cococococ... que no servía para nada cococococ... que había huído cococococ, etc.". Avergonzado,



Hércules tuvo que pedirle disculpas al gallo, y volvió furioso a buscar al gato.

—¡Tú tenías que defender a los pollos! —le ladró enojado, Gato se estremeció y casi echó a correr, recordando la noche de la Gran Pelea, pero la aparición de Dalila lo calmó y también calmó al perro.

—¿Qué pasó? —preguntó la perra.

—Lo dejé con las gallinas para que las cuidara del jote y ¿sabes qué hizo?...! —le respondió alterado Hércules—. Pues, cuando el jote apareció, en vez de quedarse y espantarlo... ¡se vino a avisarme! ¡Y dejó a los pollos indefensos!

—¡Hijo...! —la voz de Dalila sonó tan desilusionada, que el gato se sintió muy triste.

—Gato no entiende —dijo por fin, desesperado—. Cuando fui con cachorra de los amos, tenía que dejarla sola y avisar. Cuando cuido pollos vengo a avisar, pero no tenía que dejar solos los pollos, no. ¿Gato adivino? ¡No! —y salió corriendo.



Hércules y Dalila se miraron un poco avergonzados. El minino no dejaba de tener razón... en parte. Él hacía lo que suponía estaba bien, pero se equivocaba, ¿qué harían con él? Para discutirlo se reunirían, una vez más, con los otros perros.

En tanto, el cucho se metió en la leñera y buscó un rincón donde estar solo. Estaba muy confundido y también dolido, él no quería cuidar niños ni pollos, él sabía que no servía para eso. Gato no podía entenderlo, pero lo que le sucedía, ustedes sí lo saben, era que estaba yendo contra sus instintos de gato... tratando de ser perro. Les diré por qué: los gatos no están hechos para cuidar, como los perros. El gato es un animal esencialmente solitario (los leones son los únicos felinos que viven en manadas), por ello, solo sabe cuidarse a sí mismo. Como ni Hércules ni Dalila conocían a los gatos, tampoco sabían esto, por eso querían que actuara



como un perro más de la jauría, lo que era absurdo, Gato jamás haría algo más allá de lo que hizo por Hércules la noche de la fiesta. Sus instintos iban por el camino gatuño y no tardaría en demostrárselo a los perros.

Estaba, como dije, escondido en la leñera rumiando sus males, cuando oyó un ruidito casi imperceptible que venía de un rincón oscuro. Se acercó sigilosamente, con las orejas bien paradas, hacia el lugar de donde provenía el sonido. Uno... dos... tres silenciosos pasos y allí estaba: un ratón bastante grande que des- cuidadosamente se comía un pedazo de pan duro, robado seguramente de la cocina. Gato se quedó inmóvil calculando la distancia que lo separaba del roedor, solo su cola se movía nerviosamente, de vez en cuando, arrastrándose casi, por el suelo. Encogió las patas traseras, preparándose para la embestida, contuvo el aliento y... saltó.



Los perros hacía rato discutían sobre el gato. Goliat lo consideraba simplemente un tonto, un gato tonto que nunca aprendería a ser un buen perro. Daila lo defendía diciendo que para algo debían servir los gatos. Sí, pero para qué, preguntaba Hércules, para quien el gato se estaba convirtiendo nuevamente en un dolor de cabeza. Los cachorros, como siempre, no entendían mucho y poco decían.

—¡Para nada! —exclamaba Goliat— Te digo que no sirve para nada. Es un tonto, nada más.

—¡Costalazos! ¡Un perro tonto! —decía Aramis, muy tontamente también.

—¡El perro más tonto del mundo! —le seguía la broma Pandora, más tontamente aún.

—¡Ustedes cállense! —los regañaba Daila, molesta—. No será muy listo, pero le salvó la vida al jefe, ¿no?

Todos asintieron, era un buen argumento a favor.



—¡Pero sigue siendo un tonto bueno para nada! —Goliat no quería dar su brazo... o su pata, a torcer.

—Y sigue siendo un problema —agregó Hércules—. ¿Qué hacemos con él?

Hubo un silencio impensado, que fue roto bruscamente por un tímido "ejem", pronunciado por Gato, que se había acercado sin que lo notaran. Pero la sorpresa mayor colgaba de su hocico: apenas, pero orgullosamente, el minino traía un gran ratón recién cazado.

—¡Miren al pequeño...! —exclamó Hércules, aliviado al saber, por fin, para qué servía el minino.

—¡Un cazador! —dijo Dalila, feliz.

—¡Un cazador, un cazador! —gritaron los cachorros al mismo tiempo.

—¡Sí! ¡Un cazador! —dijo Gato dejando al ratón a los pies de Goliat, al que todos se quedaron mirando. El enorme perro hizo un gran esfuerzo por no perder la compostura e, irguiéndose en toda su



estatura, miró al gato desde arriba y, muy dignamente, admitió:

—Pues bien... ¡Un cazador!

Desde ese momento, el gato quedó bajo la tutela de Goliat que, sin muchas ganas, tuvo que aceptarlo como su aprendiz de cazador. El perrazo podía estar viejo y quejumbroso, pero era lejos el mejor rastreador de la zona, con un olfato privilegiado y una tenacidad a toda prueba. Una vez que se ponía tras la pista de un conejo o de una rata, no se detenía hasta darle caza. Por eso, nadie mejor que él para enseñarle al cucho los trucos de la cacería. Sin embargo, como era de esperarse, Goliat pronto tuvo problemas con su aprendiz, pues no lograba que el gato siguiera ni el olor más obvio. En una ocasión, le pidió que rastreada a Dalila, cuyo aroma el minino conocía muy bien, pero en vez de encontrar a su madre, Gato dio con Hércules. En otra oportunidad, lo mandó tras un hueso escondido y el cucho

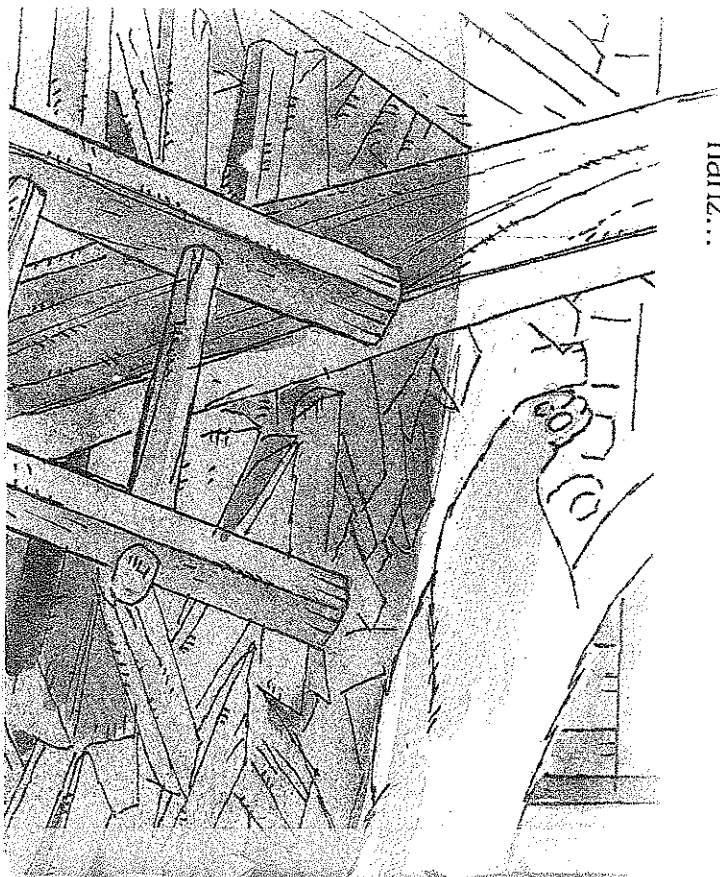


llegó con un pañal de bebé... usado. El perro estaba casi desesperado.

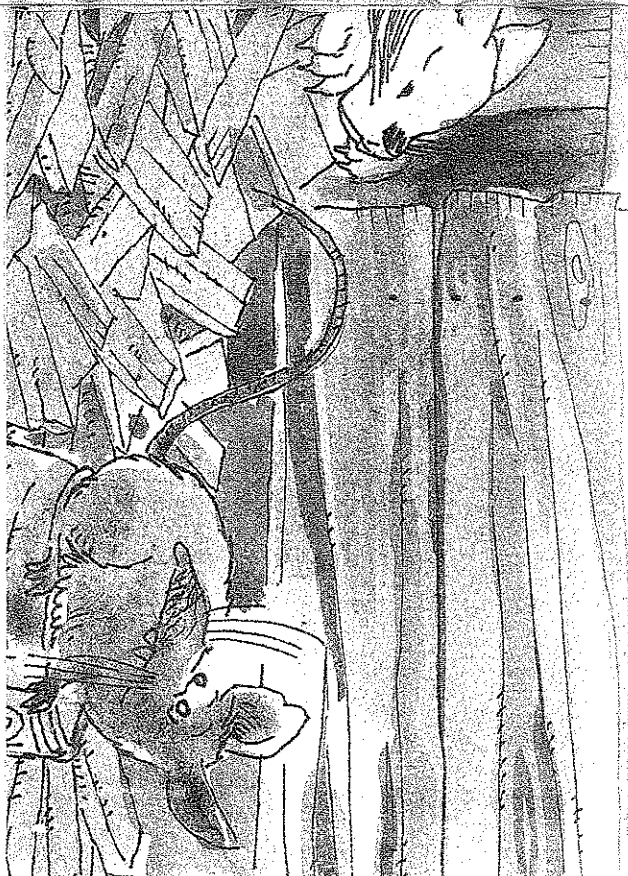
—¡No tiene nariz, te digo que no la tiene! —se quejaba con Hércules, que lo miraba divertido, aunque trataba de que el viejo perro no se diera cuenta.

—Pero caza ratones, ¿no? —le decía.

—No sé cómo lo hace —le contestaba Goliat confundido—, pero no tiene nariz...



Lo cierto era que el minino, con o sin olfato, cazaba... y mucho. Casi todos los días aparecía con un ratón entre los dientes y, si seguía así, pronto se le acabarían las presas. Fue tanto, que los amos se dieron cuenta y empezaron a regalárselo más aún, cosa que picó el amor propio de Goliat, que siempre gozó de la fama de ser el gran cazador de la casa. Así, el perro redobló sus esfuerzos y también se lo pasaba cazando por las noches, de modo que en el día no se podía tener en



pie y varias veces se quedó bonitamente dormido con el hocico dentro de su plato, mientras comía. Los demás perros se divertían de lo lindo con esta competencia entre el más viejo y el más joven, aunque se daban cuenta de que las cosas terminarían mal si seguían por donde iban. Por lo pronto, el señor Chunchu⁴, que vivía en el bosquecillo de árboles nativos, allá en el extremo más alejado de la parcela, se había quejado formalmente con Hércules y hasta amenazó con mudarse si no dejaban ratones para él y su familia. El perro líder, consciente de que debía mantener buenas relaciones con sus vecinos (y también de que esa familia de chunchos era muy apreciada por los amos), tuvo que intervenir. Otra vez la jauría se reunió bajo la higuera.

—Vamos a ver —dijo Hércules en tono grave—. ¿Qué pretenden ustedes dos?

⁴ Chunchu: búho pequeño en lengua mapuche.



—¿De qué hablas? —preguntó a su vez Goliat, extrañado.

—Te pedí que enseñaras al gato a cazar, no que acabaras con la población de ratones —le reclamó Hércules.

—Pero... ¡Si cazar ratones es nuestra obligación! —se defendió el perrazo.

—Gato aprende bien, caza mucho —agregó alegremente el minino.

—¡Sí! El chico es bueno... —Goliat se defendió usando al gato como escudo.

—Viejo, entre ustedes dos han dado de baja cuanto guarén⁵, rata, ratón y lauchita había por aquí. Y los pocos que quedan, no se atreven a salir por miedo... —Hércules hablaba muy en serio, pero Dalila y los cachorros a duras penas se aguantaban las ganas de burlarse de Goliat y de Gato, que inútilmente trataban de hacerse los tontos delante del líder.

⁵ Guarén: rata muy grande en lengua mapuche.



—Me dijiste que le enseñara a cazar...
—empezó otra vez Goliat, pero Hércules lo cortó en seco.

—¡No sigas con eso, viejo! —le dijo abruptamente—. ¡Qué le vas a enseñar, si caza mejor que tú!... Todos sabemos que lo que estás haciendo, es competir con el gato...

—¡A no, mejor que yo, no... igual tal vez, pero más que yo... nunca! —el pobre Goliat no pudo sufrir un insulto mayor y su tono sonaba muy ofendido. Si Hércules hubiese tenido manos como las nuestras, se hubiese tirado los pelos de la cabeza hasta arrancárselos. No había forma de que el perrazo entendiera.

—Mira, viejo —dijo Dalila, que vino en ayuda del líder—, lo que el jefe quiere decirte... es que no caces más ratones... ¡tí por lo menos.

—¿Yo, que deje de cazar? ¡Claro! —dijo Goliat de inmediato, pero luego recapacitó y preguntó muy serio—: ¿Y el gato?



—Con uno que cace... basta y sobra —dijo Hércules no sin cierta complicación, pero sabía que de los dos, Goliat sería el único que le obedecería. De algún modo, se dio cuenta de que el instinto de cazar era irresistible para el gato, por lo que pedirle que dejara de hacerlo sería inútil.

—¡Derrotado por un gato! —se quejó amargamente el perro viejo y se alejó renqueando tristemente. Los perros no pudieron dejar de sentir lástima por él.

—¿Gato sigue cazando? —preguntó tímidamente el cucho, que parecía no haber entendido lo que había pasado.

—Sí, el gato sigue cazando, ¡pero solo en la casa y la leñera! —le aclaró Hércules y también se fue, fastidiado. Había días en que no le gustaba ser el jefe...

Cuando se hubo alejado, Aramis se acercó al minino y le preguntó:

—Oye, gato, ¿cómo lo haces, cómo?



—¿Cómo hago qué? —el gato lo miró extraño.

—Para cazar tanto... Goliat dice que no tienes nariz... —le explicó el cachorro.

—¡Gato sí tiene nariz! —exclamó el cucho molesto, y como para demostrarlo, pasó su lengua sobre ella.

—Quiere decir que no tienes olfato para cazar —le aclaró Dalila, mirando al cielo.

—¿Olfato? —el gato no entendía nada.

—¡Que no hueles a los ratones para encontrarlos! —le explicó Aramís, y los tres perros miraron al cielo esta vez.

—¿Olerlos, para qué? Gato no olerlos. Gato escucharlos a los ratones... hacen mucho ruido y Gato los oye... ¡y los caza! —Aramís y las perras se miraron asombrados. Los perros, que tienen el olfato mucho más desarrollado que el oído, casi todo lo perciben por la nariz, incluso cosas que ustedes y yo ni siquiera soñamos. Por



eso, la perra y los cachorros ni se imaginaban cómo el mirino podía oír a los ratones, aunque el par de orejotas que el cucho tenía en la cabeza hacían evidente que no era sordo, precisamente.

Todo pareció mejorar, todo... menos Goliat, que se lo pasaba echado bajo la higuera, dormitando. Hércules lo invitaba a dar la vuelta con él, pero el perrazo no quería. Al no poder cazar, pero más que nada, al haber sido vencido por Gato, el viejo perro no encontraba motivo para vivir y se sentía más viejo de lo que realmente era. Dalila y Hércules lo veían y se alejaban cabizbajos, sin saber qué hacer.

—¿Y si lo dejas cazar de nuevo? —le preguntó la perra cierta vez.

—¡Si ya lo hice! Pero no quiere —le respondió el perro.

—¿Por qué? —la perra no entendía nada.

—No sé... Pero no quiere y no puedo obligarlo —Hércules sonaba realmente



preocupado—. Si sigue así, no sé qué va a pasar, pero no será bueno... nada bueno.

Dalila y Hércules hablaban junto a la leñera y, cuando se alejaron, Gato bajó del techo, desde donde los había escuchado. Se quedó mirando pensativo a Goliat, allá bajo la higuera, mientras hacía como que se lavaba la cara con sus patitas. Después de un rato, se alejó corriendo.

Esa noche, Goliat roncaba de lo lindo en su perrera. Soñaba que perseguía a un conejo, pero justo cuando estaba por agarrarlo, alguien lo llamaba... ¡Viejo!... ¡Viejo!...

—¡Viejo! —Gato casi le gritaba al oído cuando se despertó por fin.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó incorporándose alarmado— ¿Los Otros...?

—¡Noo! ¡Chiiisst! —el minino no quería despertar a toda la jauría—. Calla, viejo, calla...



—Pero, ¿qué pasa? ¡Habla de una vez! —Goliat se impacientaba pronto.

—Gato necesita ayuda del viejo... —le dijo el cucho con su voz suave y melosa.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué? —el perrazo lo miró entre curioso y suspicaz. ¡Era desconfiado también!

—Gato quiere cazar un gran ratón, pero no lo encuentro... —le explicó el minino.

—¡Cómo! ¡Tú, el gran cazador! —se burló Goliat, sin creerle mucho.

—Perro viejo huele bien... Gato oye bien... juntos lo cazan —el gato no hizo caso de las burlas del perro e insistió, hasta vencerlo. Ambos se aproximaron a la puerta de la cocina. Allí, el gato explicó:

—Gato lo escucha ahora... está adentro... —dijo bajito—. Pero no sé por dónde se va, ni dónde vive el gran ratón, no sé...



—¡Sí! ¡Lo huele! —exclamó triunfal Goliat—. Anda por aquí ¡y es un guarén!

—Chisst... Se dio cuenta de nosotros aquí y escapa... —dijo el minino acercando las orejas hacia la puerta de la cocina— ¡Busca, viejo, busca por donde sale!

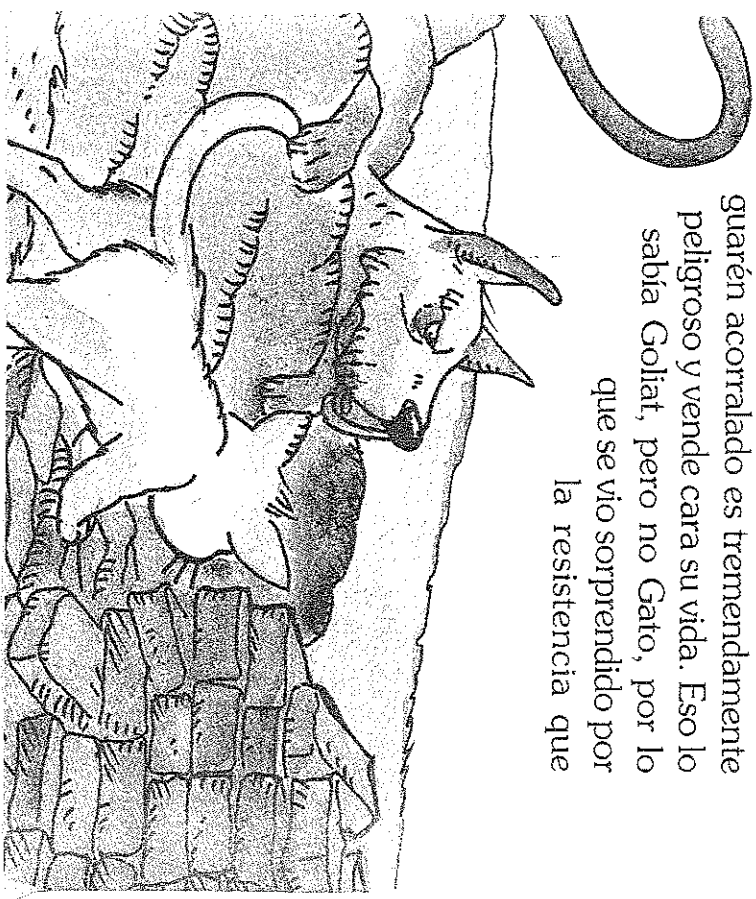
Goliat no se hizo repetir la orden, por mucho que viniera de un gato. Pegó la nariz al suelo y husmeó y husmeó, hasta que encontró el rastro. Lanzó un gruñido de satisfacción y corrió hasta el desagüe del lavaplatos, que daba a una jardinera con plantas

—¡Por aquí pasó hace poco! ¡Hacia allá! —y tomó rumbo al estanque de los patos, mientras Gato lo seguía de cerca, contento de saber al fin por dónde se le escabullía la presa cada vez que estaba por atraparla. Después de dos o tres vueltas falsas, la nariz de Goliat los condujo hasta el estanque mismo y a una pila de ladri-

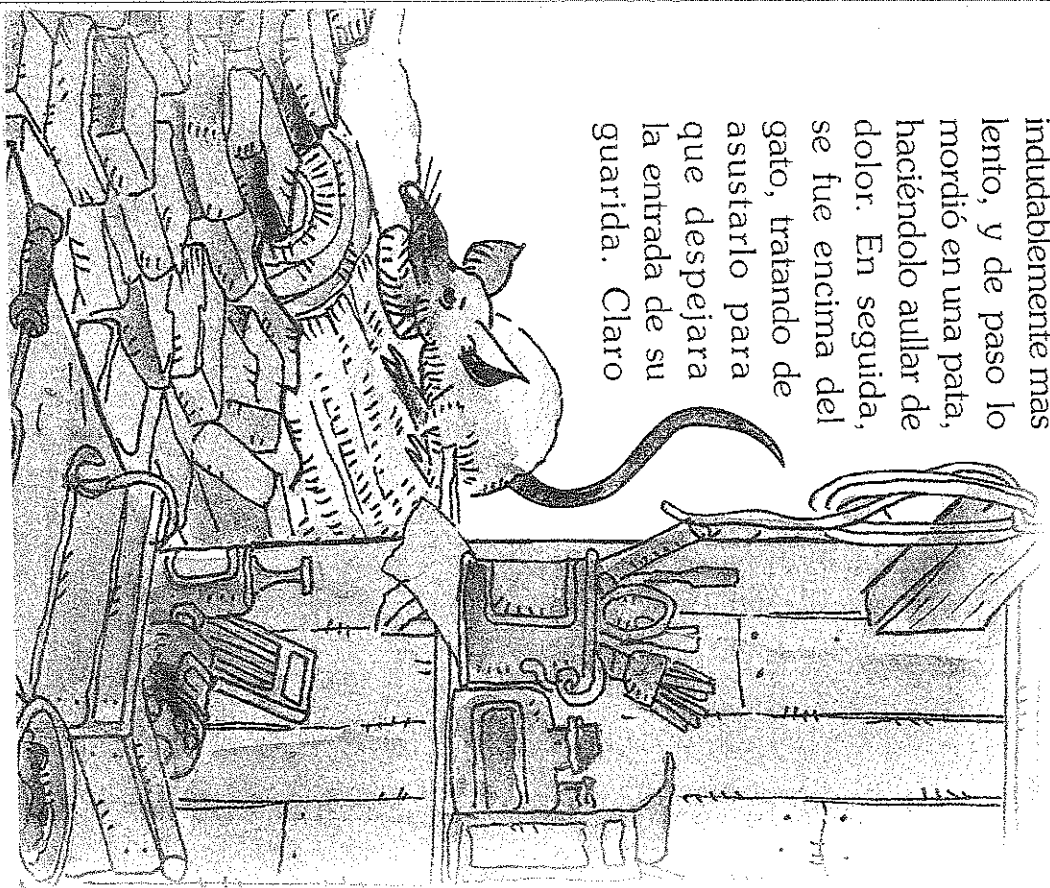
llos que había junto a él. Llevaban años ahí y se suponía que se utilizarían para construir una asador nuevo, pero el amo nunca lo hizo y los ladrillos allí quedaron. Y, por lo visto, ahora eran el hogar de este roedor impertinente, que solía poner sus sucias patas sobre la comida de los amos. Goliat ubicó rápidamente la entrada del escondrijo del guarén y comenzó a excavar, tratando de abrirse paso, lo que era imposible. Ni siquiera Gato podía caber en esa covacha maloliente.

Pero no tuvieron necesidad de entrar, pues en ese preciso momento apareció el ratón en cuestión, que venía no sé de dónde arrastrando un pedazo de pan. En algún momento de la persecución, el perro y el gato lo habían adelantado y, sin querer, ahora estaban entre él y su casa, una situación nada de agradable para el roedor. Los guaranes, muy ratones serán, pero eso no significa que sean cobardes y menos este, que era enorme. Lanzando

un chillido desagradable, la rata se paró sobre sus patas traseras y abrió mucho la boca, mostrando sus dientes, que no eran colmillos, pero se veían grandes y afilados. Gato se erizó entero y sacó las garras, el perro paró las orejas y se quedó viendo al guarén justo a los ojos. Ustedes pensarán que esta pelea era pan comido para los dos cazadores, pero no se crean, un guarén acorralado es tremendamente peligroso y vende cara su vida. Eso lo sabía Goliat, pero no Gato, por lo que se vio sorprendido por la resistencia que



presentó el roedor. Cuando Goliat por fin atacó, la rata esquivó al perrazo, que era indudablemente más lento, y de paso lo mordió en una pata, haciéndolo aullar de dolor. En seguida, se fue encima del gato, tratando de asustarlo para que despejara la entrada de su guarida. Claro



que el cucho se asustó, pero tanto que se paralizó y no se movió para nada, de modo que la rata tuvo que retroceder y eso la perdió. Goliat no dejaba pasar una segunda oportunidad y en esta ocasión no fue menos: una certera mordida y todo acabó.

Al día siguiente, el amo acariciaba cariñosamente al perrazo, felicitándolo por cazar ese enorme guarén que asaltaba noche a noche la despensa. Los otros perros observaban contentos la escena. Y Goliat no cabía en sí de orgullo y recibía feliz las caricias del amo. Aunque, debemos ser justos, si hubiese podido hablar como nosotros, habría hecho que el gato recibiera su parte del crédito. El minino, en tanto, se limpiaba indiferente las manos y la cara, encaramado en el techo de la leñera, aparentando no saber nada de lo que pasaba abajo. Sin embargo, cuando bajó, el viejo Goliat se acercó a él y le dijo:



—Un trato, cachorro: los ratones y las lauchas⁶ son tuyas, los guarenes y los conejos son míos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —le respondió el gato.

—Ahora, explícame eso de escuchar a los ratones...

—Y viejo explica a Gato por qué no tengo nariz...

Y se alejaron conversando.



⁶ Laucha: ratón pequeño en lengua mapuche.

¿Un gato tonto para perseguir?

Baajo la higuera, Aramis y Pandora se aburrían de lo lindo. Hércules y Goliat habían ido con el amo a revisar los lindes y Dalila jugaba en el jardín con los niños. Del gato, ni la sombra. Los cachorros habían crecido bastante y ya no parecían cachorros, aunque aún seguían siendo atolondrados y juguetones. Si hubiesen sido humanos, diríamos que estaban en la adolescencia perruna. Ni niños ni adultos, quizás por eso no sabían qué hacer. Lo cierto es que querían, o más bien necesitaban algo diferente, no sabían qué, pero sentían correr sensaciones e inquietudes nuevas y extrañas por sus



peludos cuerpos. Los perros no suelen pensar acerca de lo que les pasa internamente, ellos solo sienten y nada más, lo que hacía aún más latosa la situación para los cachorros, que no podían entender si tenían hambre o querían correr o dormir... o nada de eso.

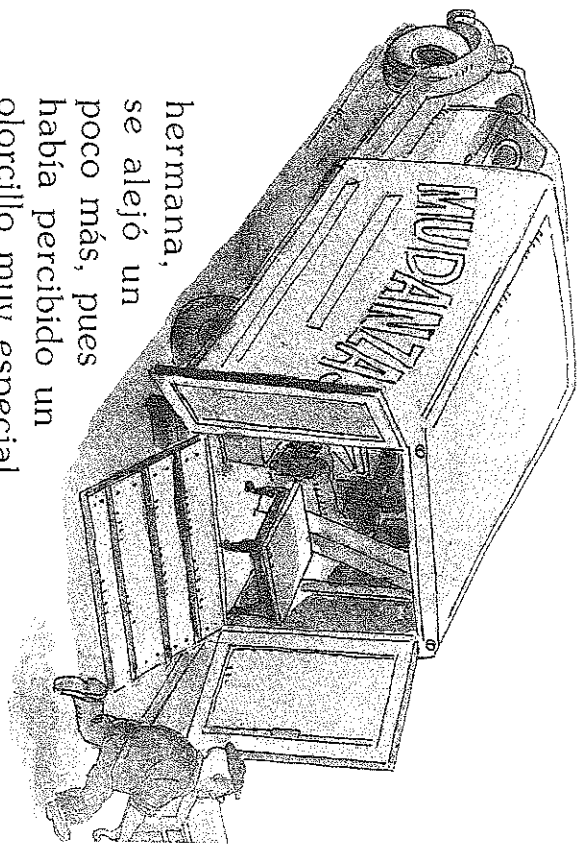
Por suerte para ellos, su ama tenía que ir al pueblo a comprar algunas cosas y decidió llevarlos y darles un paseo en camioneta. Para los cachorros no había nada más emocionante que viajar en la parte trasera del vehículo, recibiendo el viento del camino en la nariz o viendo como las cosas pasaban raudamente por su lado. Les encantaba la sensación de vértigo que les daba la velocidad y, si hubieran podido, seguramente ellos mismos habrían pisado el acelerador a fondo y sin miedo alguno. Hércules y Dalila también habían sido así cuando cachorros, pero ya no les atraía tanto y le dejaban la emoción a los jóvenes. En



cuanto a Goliat, él mismo lo decía: "*¡No, gracias, mis cuatro patas me bastan y me sobran para ir a cualquier parte!*", y nada podía hacerlo subir por su voluntad a la camioneta. Pero los cachorros aceptaron felices la invitación y disfrutaron del viaje como siempre lo hacían: cada uno sacando la cabeza por un costado de la cabina, para que el viento les diera de lleno en la cara.

Cuando volvían, casi frente al portón de la entrada se encontraron con un gran camión, del cual unos hombres descargaban muebles, cajas y cosas así, para meterlos en la casa de la parcela que estaba cruzando el camino y que había estado mucho tiempo desocupada. La camioneta se detuvo tras el camión y los perros vieron como su ama saludaba a la nueva vecina y se ponía a charlar con ella. Obviamente, curiosos los dos, también se bajaron del vehículo y se pusieron a husmear por aquí y por allá. Aramis, más intrépido que su





hermana,
se alejó un
poco más, pues
había percibido un
olorcillo muy especial,
similar al de Dalila o Pandora... En rea-
lidad, el perro lo percibió, más que como
un olor; como un perfume que le atrajo
fuertemente, sin saber por qué. Siguién-
dolo iba, cuando de pronto:

—¡Hola! —de la nada salió una perrita
pelirroja y lo saludó, moviéndole la cola.
Aramís dio un salto y se quedó mudo y
boquiabierto, si hubiese sido hombre, se
habría puesto colorado. Nunca había visto

una perra así (en realidad, había visto muy
pocas perras extrañas y todas desde lejos),
y no supo qué hacer.

—Hola —repitió la perra—. Vivo aquí
y esa es mi ama... ¿tú vives al frente?

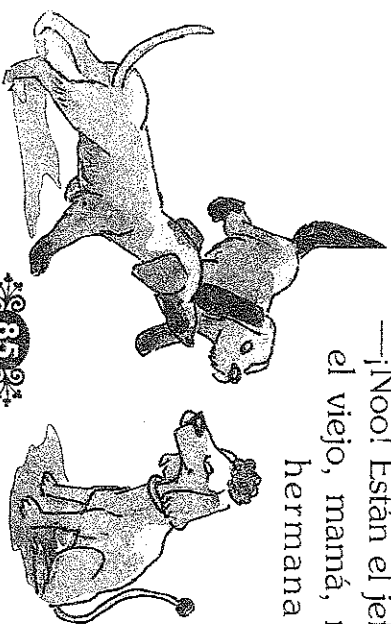
—Sí... allá... sí —balbuceó el perro,
acercándose un poco para olerla mejor.

—Eres grande, ¿comes mucho? —le
preguntó la pelirroja, también olisqueán-
dolo.

—Todo lo que puedo —respondió
Aramís, que iba perdiendo la timidez poco
a poco.

—Yo también. ¿Vives solo? —la perrita
no paraba de preguntar.

—¡Noo! Están el jefe,
el viejo, maná, mi
hermana y



Pero sus amos ya se iban. Se despidieron apresuradamente y partieron. Extrañamente, Aramis viajó todo el resto del camino mirando hacia atrás, en vez de ir contra el viento, como tanto le gustaba.

Los tres perros estaban echados al sol, junto al estanque. Ya se venía el invierno y era agradable sentirse más tibios, cuando aún era temprano. Las perras dormitaban en las perreras. Aramis estaba inquieto, levantaba y bajaba la cabeza a cada rato, paraba las orejas en todas direcciones y miraba constantemente hacia el camino. Tanta inquietud no pasó inadvertida a los otros perros.

—¿Se puede saber dónde te pican las pulgas? —le preguntó molesto Goliat.

—¿Qué? —el cachorro no entendió.

—¡Que qué te pasal! —le dijo Hércules, con ganas de regañarlo, pero de pronto cambió de tono—. ¡Ajá! Pensando en la cachorra pelirroja otra vez, ¿no?



—El cachorrito ya quiere ser perro —se burló Goliat.

—¿Y por qué no vas a verla de una vez?

—le preguntó Hércules.

—¡Garrapatas! No... No sé qué hacer

—confesó Aramis apesadumbrado.

—Pues yo conozco solo una cosa que hacer... —dijo el perrazo.

—Yo también... —agregó Hércules y se callaron, hasta que Aramis no aguantó más.

—¿Cuál, cuál? —preguntó por fin. Los perros se miraron divertidos.

—¡Pues ir y conquistarla! —le dijo el líder—. No hay otra forma.

—¿Pero cómo? —Aramis nunca había cortejado a una perra y estaba en el aire con respecto a eso.

—¡Muévele la cola!

—¡Invítala a dar un paseo!

—¡Regálale un hueso!



—¡Eso, dile que huele a hueso recién desenterrado!

Hércules y Aramis pusieron cara de disgusto ante esta última sugerencia, hecha por Goliat, y le lanzaron una mirada reprobatoria.

—¿Qué? —dijo—. A mí siempre me resultó... y hartas novias que tuve...

Bien aconsejado o no, Aramis se decidió y partió. Estuvo un buen rato dando vueltas por el camino, frente a la casa de la perrita, pero no logró verla. Desilusionado, decidió regresar. En el portón se encontró con el gato, que lo había seguido por curiosidad. Había oído hablar de la perra de pelo rojo y quería verla.

—¿Y la novia del cachorro? —preguntó inocentemente.

—¡Zancudotes! ¿Quién te dijo que era mi novia? —dijo Aramis disgustado.

—Cachorra dice —le respondió el minino—. Gato quiere conocerla a tu novia.



—Te quedaste con las ganas, Gato. No anda por aquí —le explicó el perro, bastante amargado.

—Gato la oye... —dijo el cucho y Aramis paró las orejas esperanzado. No se había olvidado de que el gato tenía un gran oído.

—¿Sí? ¿Dónde? ¡Barrilazos! —le preguntó moviendo la cola.

—Allá... —le respondió Gato, mirando hacia la casa de la perrita.

—¡Ya sé que está allá! —exclamó el perro impaciente—. Pero, ¿en qué parte de allá?

—No sé... Gato no la ve —el minino no entendía el porqué de tanta inquietud.

—¡Caballazos! ¡Gato!... ¡Ah, me voy...!

—el perro se encaminó hacia las perras.

—Espera... puedo subir al portón y verla... —sugirió el gato y Aramis se devolvió.



—¿Seguro?—Le preguntó, mirando el tejadillo que adornaba la entrada—. Es muy alto...

—No para Gato...—y el cucho se encaramó de dos saltos y observó vigilante durante unos minutos mientras, abajo, el perro esperaba, ansioso.

—¡Tu novia viene!—le dijo de pronto—. ¡Viene al camino!

Aramis salió disparado hacia la casa de la perra, sin siquiera darle las gracias al minino, que se quedó encaramado en el tejadillo para ver mejor a la pelirroja. Esta se asomó por su portón y alegremente saludó a nuestro perro enamorado. Al parecer, a ella también le gustaba Aramis, pues movía su cola con afán y daba saltitos como señal de contento.

—¡Qué bueno que viniste!—le dijo—. ¡Estaba tan aburrida!

—¡Yo también! ¡Zapallazos! ¡Qué bueno que vine!—contestó él entusiasmado. Y dieron unos cuantos saltos más. Pero



Luego se quedaron mirando, sin saber qué decir. Después de un rato, Aramis preguntó:

—¿Y, qué hacemos?

—No sé...

—Podemos ir a ver a maná...—como verán, Aramis era absolutamente un novato en el amor, de otro modo, jamás se le habría ocurrido semejante idea.

—Me dan miedo los otros perros—le dijo ella.

—¡Demos un paseo!—sugirió entonces el perro.

—No me permiten alejarme mucho—se excusó de nuevo la pelirroja.

—¡Vaya...!—a Aramis se le estaban acabando las opciones, pero se le ocurrió preguntar—: ¿Qué hacías donde vivías antes?

—¡Huy, muchas cosas!—le contestó animada la perrita—. Jugaba con los sobrinos de mis amos, corríamos tras los



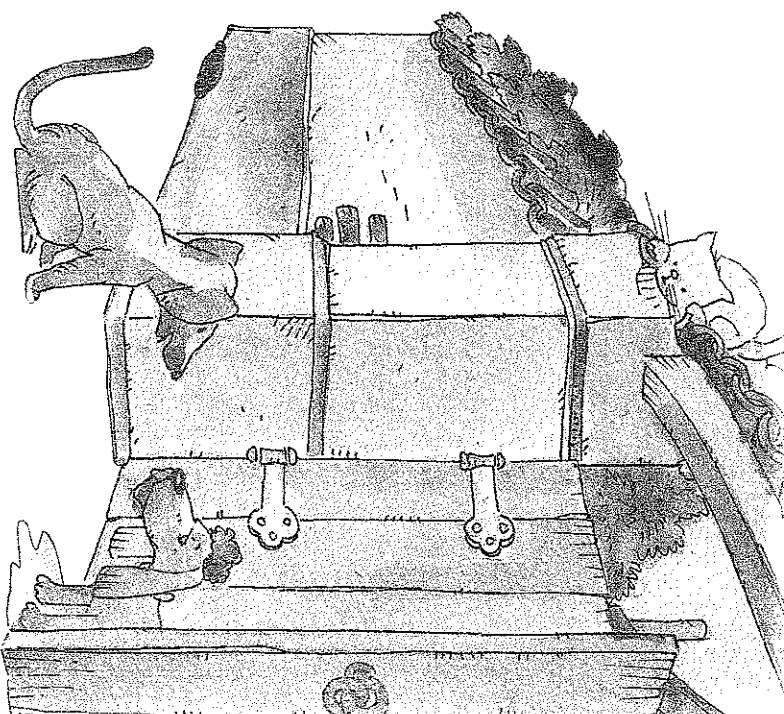
autos con mi hermano, perseguíamos gatos...

—¿Perseguián gatos? —la interrumpió Aramis, extrañadísimo—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque es lo más divertido del mundo! —exclamó la perra.

Aramis la miró raro. Cazar conejos era divertido (además de útil, porque se metían a la chacra), corretear entre las patas de los caballos era divertido (y emocionante, pues se corría el peligro de una patada), chapotear en el estanque de los patos era divertido (y muy refrescante cuando hacía calor), y otro montón de cosas más que él hacía. Pero nunca hubiese pensado que perseguir al gato fuese una cosa divertida. ¿Para qué? No lograba entender. Ante su cara de pregunta, la perra le explicó:

—Los gatos son muy tontos y cobardes. Siempre andan solos, lamiéndose las patas y subiéndose a los techos por



miedo a encontrarse con nosotros... ¿No es cierto?

—Bueno... sí... —le contestó nuestro perro, poco convencido. Era verdad que Gato prefería pasearse solo por los techos y que se lamía constantemente, pero nunca pensó que eso significara que era

un tonto o que tuviera miedo. Después de todo, se había enfrentado al guarén con Goliat y era un hábil cazador.

—¿Te has dado cuenta de cómo hablan?

—Le preguntó otra vez la pelirroja, muy convencida de sus argumentos.

—Sí... el gato habla raro, pero...

—¡Y son tan ridículos cuando hacen pipí! —lo interrumpió la perra, ya francamente feliz de hablar mal de los gatos—. ¡Mira que hacer un hoyo...!

Aramis siempre pensó que el cucho hacía eso simplemente porque era exageradamente limpio, aunque sí lo encontraba un poquito ridículo. Todas esas cosas le quedaron dando vueltas en la cabeza, pero no porque fuesen argumentos sólidos que probasen que los gatos eran tontos (y justificar con eso el afán de perseguirlos), sino más bien, porque los decía la cachorrita pelirroja, de la cual estaba prendado.

Cuando volvió a casa, se echó junto a los otros perros, bajo la higuera. Estaba



muy callado y meditabundo, cosa extraña en él. Los demás pensaban que llegaría emocionado de su primera cita, por eso se quedaron viéndolo sin comprender qué le pasaba.

—Parece que al cachorro no le fue muy bien con la pelirroja —comentó Goliat, un poco desilusionado.

—¿No pudiste verla? —le preguntó Dalila.

—Sí... Estuvimos juntos un rato —contestó distraídamente Aramis.

—¡Cuenta, entonces, cuenta! —le pidió ansiosa Pandora. Pero su hermano no le hizo caso y le preguntó a Dalila:

—Mamá, ¿crees que el gato es tonto?

—¡Muy inteligente no es! —bromeó Goliat, aprovechando que el gato no estaba.

—¡Qué pregunta! No. Yo no he amantado a ningún cachorro tonto... aunque algunas veces preguntan tonterías



—Le contestó ella, mirando al viejo perro un poco enfadada.

—¿La pelirroja te dijo eso?... ¡Es una antipática! —exclamó molesta Pandora.

—Pero es tan diferente de nosotros... —insistió el cachorro.

—Ser distinto no lo hace tonto —le explicó la perra y agregó—: Además, es mi hijo y lo quiero como es, tal como lo quiero a ti y a tu hermana, a pesar de que tantas tonterías han hecho...

—Y, además —esta vez intervino Hércules—, él es parte de *tu jauría* y se ganó *ese* derecho... —el perro líder puso énfasis en *ese tu jauría*, recordándole al cachorro de qué lado debía estar, por si acaso.

Pero Aramis estaba enamorado y eso hacía que sus oídos estuviesen más atentos a lo que decía la pelirroja, que a lo que le recomendaban los suyos. Se había hecho muy amigo del hermano de la perrita y pasaba gran parte del día con ellos. Por



eso, si bien no hacía nada contra el gato, dejó de tratarlo como lo había hecho hasta entonces. No permitía que jugase con su cola, no le dirigía la palabra y se reía de él cuando hablaba. Los otros perros se daban cuenta de lo que pasaba y movían negativamente la cabeza, preocupados. En cuanto al minino, si algo notaba o le afectaba la actitud del cachorro hacia él, no lo demostraba y seguía con su vida.

Cierto día, la cosa estalló. Los cachorros charlaban, después de dormir una siestecita bajo la higuera. El gato, algo soñoliento también, los miraba desde el techo de la leñera. Los perros mayores habían ido a dar la vuelta con el amo.

—El pelirrojo quiere conocerte —decía Aramis, tratando de entusiasmar a su hermana—. Te ha oído y le gustas.

—Yo también he sentido su olor y no me interesa —le respondió Pandora, que se hallaba molesta con su hermano por su conducta con el gato.



—¡Vamos...! —insistió el perro.

—Ya te dije: no me interesa —repitió la perra.

—Pero, ¿por qué? —si Aramis no se había dado cuenta de por qué su hermana estaba enfadada con él, pronto lo sabría:

—Cachorra no quiere tu novio... —dijo el gato desde la leñera, solo por decir algo, pues estaba aburrido.

—¡Cállate, gato tonto! —le ladró Aramis, más molesto por la negativa de su hermana que por la intervención del minino, realmente.

—Gato no tonto —se defendió el cucho—. Tú no te das cuenta de que cachorra no quiere tu novio para ella...

—¿Quién es el tonto aquí? —se burló Pandora, lo que irritó aún más al perro.

—¡Gato tarado! ¿Quién te invitó a meterte en lo que no te importa? —le ladró furioso.



—¡No le hables así! —le advirtió Pandora.

—Gato no tonto. Dices eso porque perros nuevos lo dicen... —le dijo Gato que, al parecer, sabía más de lo que los perros suponían.

—¡Pues es verdad! ¡Eres un gato tonto! —el perro se salió de sus casillas, ladrándole con rabia y mostrándole los colmillos

—¡Cachorro malo...! —se quejó el gato y, saltando al suelo, se alejó abrumado.

Aramis estaba muy enojado, pero ni la mitad de lo que estaba Pandora. La perra lo miró directo a los ojos y, mostrándole también sus colmillos, le gruñó muy bajo, señal de que la cosa iba en serio:

—¡Te pasaste de la raya, perro estúpido! —exclamó—. ¿Qué te ha hecho el gato para que lo trates así?

El cachorro se asustó, nunca había visto a su hermana tan furiosa. Pandora quería al gato porque, al igual que Dalila,



tenía un gran instinto materno y debíamos suponer que había aprendido de su madre a defender a los suyos. Además, Aramis había metido la pata y él mismo se daba cuenta de eso. Aun antes de que su hermana lo enfrentara, ya se estaba arrepintiendo de lo que le dijo al minino. Se echó a correr, más que acobardado por la actitud amenazante de la perra, avergonzado de su propia actitud. Corrió hasta más allá del gallinero y desde allí, corrió hasta el deslinde de los sauces. Luego, cansado, siguió al paso hasta el camino. Estaba confundido y no le gustaba lo que había pasado, muy perro sería, pero sabía que había hecho mal. Si su hermana le contaba a los perros mayores, estaría en problemas. Trató de pensar en cómo arreglarlo todo, pero no pudo hacerlo, unos ladridos venidos del camino lo distrajeron. Paró las orejas y escuchó, y al darse cuenta de lo que pasaba, se alegró de tener una segunda oportunidad.



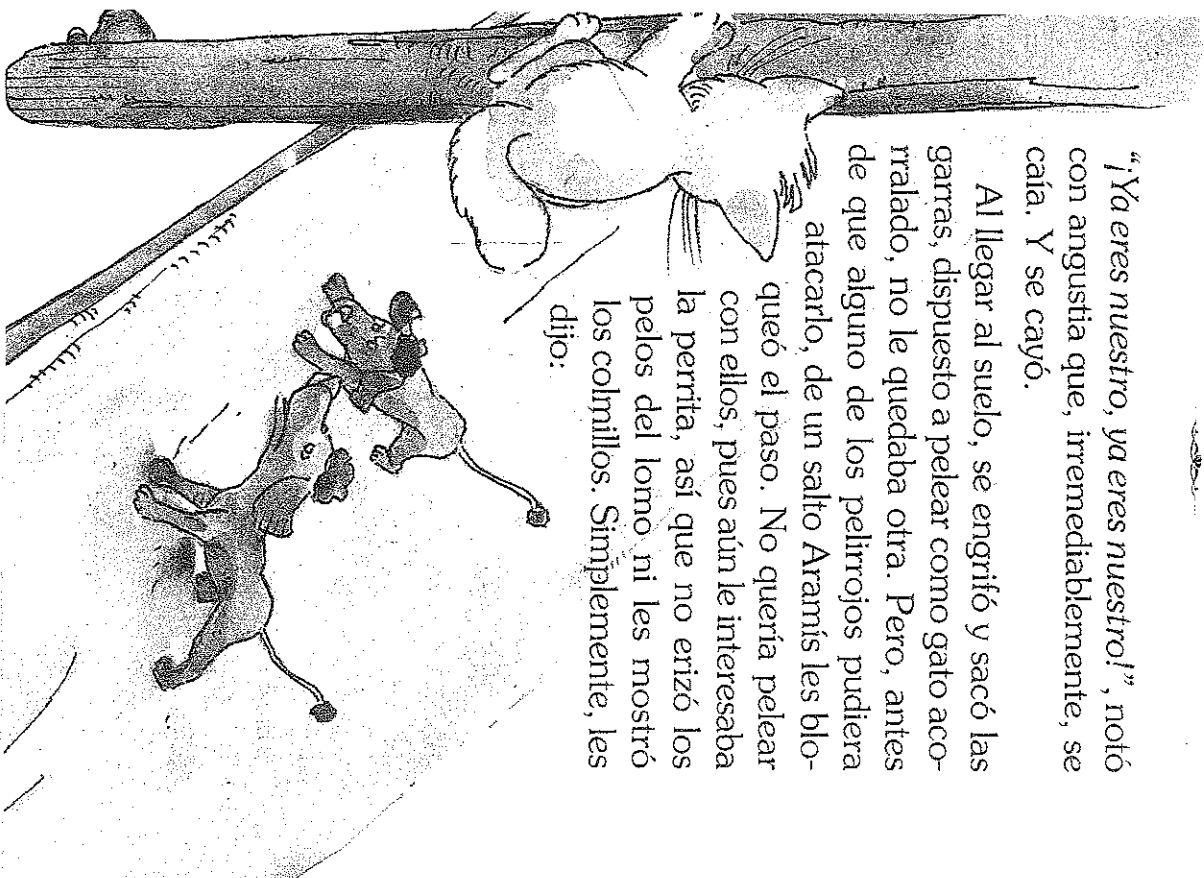
Gato se había alejado molesto y triste por los insultos de Aramis. Sin darse cuenta, llegó al portón y pensó en subirse al tejadillo de la entrada, pero algo en el camino llamó su atención. Se acercó a investigar, olvidando el dicho aquel que dice que *la curiosidad mató al gato*, y justo cuando estaba en medio del camino, los hermanos pelirrojos le saltaron encima. Sorprendido por el ataque, trató de escapar hacia la casa, pero estaba tan aterrado que se equivocó y se pasó de largo del portón. De allí en adelante, el cerco era todo de zarzamora, imposible de pasar, así que corrió y corrió, hasta que encontró un poste de la luz y en él intentó encaramarse. Alcanzó a subir un par de metros antes de agotarse y quedar colgando de las uñas, con los dos perros ladrándole abajo, esperando a que se soltara y cayese en sus fauces.

Así estaba el pobre minino. Mientras los perros ladraban entusiasmados y crueles:



"¡Ya eres nuestro, ya eres nuestro!", notó con angustia que, irremediablemente, se caía. Y se cayó.

Al llegar al suelo, se engritó y sacó las garras, dispuesto a pelear como gato acorralado, no le quedaba otra. Pero, antes de que alguno de los pelirrojos pudiera atacarlo, de un salto Aramís les bloqueó el paso. No quería pelear con ellos, pues aún le interesaba la perrita, así que no erizó los pelos del lomo ni les mostró los colmillos. Simplemente, les dijo:



—Al gato no me lo tocan...

—¡Tú! —exclamó sorprendida la pelirroja.

—¿Y qué garrapata te pica? —le preguntó el pelirrojo—. ¿Por qué defiendes a un gato?

—El es parte de mi jauría —les dijo. Ambos perros quedaron atónitos.

—¡Eso no es posible! ¿Cómo...? —preguntó confundida la perra.

—Miren, amigos, es una historia que ni yo mismo entiendo, pero es cierto...

—trató de explicarlo mejor, pero el pelirrojo lo interrumpió:

—¡A otro perro con ese hueso! ¡Ningún gato tonto puede ser parte de una jauría!

—le dijo burlándose.

—Gato no tonto —se atrevió a decir el minino, cansado de que lo llamaran así.

—¡Calla, gato, no la embarres! —le susurró Aramís y luego, dirigiéndose a

los otros—: Este sí, así que les pido que lo dejen en paz...

—Por mí está bien... —dijo tímidamente la perrita. Ella tampoco quería quedar mal con Aramis.

—¡Pues yo ni loco! —ladró el pelirrojo, que se sentía tan fuerte como Aramis—. ¡No he visto un gato en semanas y no pienso dejar escapar este!

—¡Ya te dije: el gato es parte de mi jauría! —Aramis estaba perdiendo la paciencia y él se había enfrentado a los Otros que, sin duda, eran mucho más feroces; que este perillito persigue-gatos; por eso, bajó el tono y levantó levemente los pelos del lomo al decir—: ¡No dejaré que le hagas daño!

—¿Ah, sí...? ¿Y qué piensas hacer...?

—le preguntó irónicamente el otro. Pero no fue Aramis quien le respondió, sino Pandora, que apareció de improviso.

—Lo que vamos a hacer —dijo tranquilamente, paseándose por delante del



pelirrojo—, será simplemente defenderlo. Pero sería una lástima terminar tan mal una amistad que puede ser muy... entretenida —y miró al perro de una manera especial, que casi lo hizo olvidar al gato. Pero el perro era porfiado e insistió.

—¿Y quien me impedirá perseguirlo otro día? —dijo en tono burlón, y continuó—: No siempre estarán ustedes para protegerlo.

—Si lo haces, entonces no podremos ser amigos —le contestó Pandora, en un tono medio coqueto, medio amenazador—. Y tendrás que vivir escondido en tu casa...

—¿Por qué? —preguntó incrédulo el pelirrojo.

—Porque ellos quieren al gato tanto como yo —le dijo y señaló hacia el portón. El pelirrojo volteó la cabeza y pegó un respingo. Unos pocos metros atrás, en medio del camino, Dalila, Hércules y Goliat paraban vigilantes las orejas hacia



ellos. Nunca los había visto, pero su actitud, que parecía muy feroz y, sobre todo, su aspecto de perros agueridos, le dio a entender que, definitivamente, no perseguiría al gato nunca más.

—Bien—dijo cómicamente—. Parece que seremos buenos amigos—y movió la cola con ganas, antes de retirarse prudentemente hacia su casa. La perrita pelirroja lo siguió, no sin antes decirle bajito a Aramis: "*Mañana nos vemos*".

—¡Ja! Gato no tonto—se burló triunfal el minino.

—¡Faconazos! No. Gato no tonto—repitió Aramis. Fue su forma de pedirle perdón.

Y la jauría completa, es decir, los cinco perros y el gato que se creía perro, volvieron a casa.

Este es el fin de mi historia, aunque no de la jauría. De seguro, Dalila seguiría criando cachorritos, propios y ajenos,



perros o gatos, pero siempre amorosa y preocupada. Hércules continuaría lidiando a los perros, fiero e inteligente, como de costumbre. Los cachorros deben de haber crecido del todo y tendrían sus propios cachorros, no sé si con los pelirrojos, pero lo más probable es que sí. El viejo Goliat, sin duda cazó conejos y guarenes, de verdad o en sueños, hasta el último día de su vida. Y el gato (¿que se puede esperar de un gato que es criado por perros?), seguramente siguió pensando que era perro, pero actuando como gato, haciendo reír a los demás con su extraña manera de hablar y cazando... sin olfatear a sus presas.

FIN

